

27 Aisl 78.
20289

89 31

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

EL
ANILLO DE HIERRO

DRAMA LÍRICO EN TRES ACTOS,

ORIGINAL Y EN VERSO

DE

MÁRCOS ZAPATA,

MÚSICA

DEL

MAESTRO MARQUÉS.



MADRID.

SEVILLA, 14, PRINCIPAL.

1878.

L47 - 7138

247-7138

EL
ANILLO DE HIERRO.

42-5

EL
ANILLO DE HIERRO

DRAMA LÍRICO EN TRES ACTOS,

ORIGINAL Y EN VERSO

DE

MÁRCOS ZAPATA,

MÚSICA

DEL

MAESTRO MARQUÉS.

Representada en el Teatro de Jovellanos el 7 de Noviembre de 1878.

Tercera edicion.

E. Hidalgo



MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA,
Calle de la Cava-alta, núm. 5.
1878.

VALLE DE TIERRA

DEPARTAMENTO DE TIERRA

CONCEPCION

VALLE DE TIERRA

Ref. 0/0 49. 26. 01.

À BLANCA PORCEL

MARQUESA DE VILLA ALEGRE Y SAN MILLIAN

EN TESTIMONIO DE ENTRAÑABLE AFECTO

Y CORDIALÍSIMA AMISTAD

El Autor.

| PERSONAJES. | ACTORES. |
|--|--------------|
| Margarita , hija del Conde William Belfort. | SRA. FRANCO. |
| Ledia , aya de Margarita..... | BAEZA. |
| Rodolfo , pescador..... | SE. DALMAU. |
| El Ermitaño Ramon | FERRER. |
| El Conde William Belfort | BANQUELS. |
| Rutillo Guálter , baron de San Marcial.... | SALA. |
| Tiburon , compañero de Rodolfo..... | TORMO. |
| Un Notario | D. N. N. |

Servidumbre del castillo de William Belfort, pescadores y gente de la aldea.

La accion de la fábula se supone en las costas de Noruega, á fines del siglo XVIII.

Por derecha é izquierda entiéndase la del espectador.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Una aldea en las costas de Noruega.—A la derecha del espectador horizonte de mar y los límites de la playa en el espacio próximo á los bastidores: á la izquierda rompientes de rocas: al fondo, primer término, sobre una costa elevada, y con una de sus fachadas frontera al mar, un hermoso castillo del Renacimiento, almenado, pero sin fosos ni defensas militares, con puerta de frente y camino en declive que baja hasta la escena: en segundo término la iglesia de la aldea y algunas casas de modestísima apariencia que ocupan todo el fondo izquierdo, donde también puede figurarse alguna vegetación lejana.—Al levantarse el telón aparecen junto á la playa un grupo compacto y numeroso de hombres, mujeres y niños de la aldea, mirando al mar y esperando con ansia la llegada de los pescadores.

ESCENA PRIMERA.

PESCADORES Y GENTE DE LA ALDEA.

Coro de pescadores en lontananza.

Tranquilo está el cielo,
serena la mar,
y rectos los brazos
de tanto remar.
Salid, salid,
volad, volad,
que hinchidas de pesca
las redes están.

Coro en la escena. El cielo tranquilo,
serena la mar,

y henchidas de pesca
 las redes están.
 Venid, venid,
 bogad, bogad,
 y brille el tesoro
 de la inmensidad.
 (Saltan los pescadores en tierra.)

Coro general.

¡Hurra! ¡hurra! boguemos, boguemos,
 la plácida costa nos brinda su amor,
 y al sonoro compás de los remos
 entonen los labios plegarias á Dios.
 Dios clemente, Dios bendito,
 tu poder es infinito,
 tú nos colmas de alegría
 con el pan de cada día.
 Gloria al Señor
 gloria al Eterno,
 ¡Gloria, gloria á Dios!
 Venid, venid,
 volad, volad,
 que ya está en las playas
 el fruto del mar.

Con vivos acentos
 y puro fervor
 entonen los labios
 plegarias á Dios.
 Venid á la costa
 que os brinda solaz,
 y salte en las playas
 el fruto del mar.

Venid, venid,
 bogad, bogad
 que ya está en las playas
 el fruto del mar.

Coro general.

Tranquilo está el cielo,
 serena la mar,
 y rotos los brazos
 de tanto remar.

- ¡Dios me la depare buena!
lo que es á mí, me hace.... ¡ras!
como quien retuerce cuerda.
MARG. ¡Cuánto tarda! (Impaciente y triste.)
LEDIA. (Si yo luego
con habilidad pudiera
disuadirla.... ¡pero quiá!)
- MARG. ¿Tú no le ves? (Con ansiedad.)
LEDIA. Si no acierta
el amor, que es lince, ¿cómo
quereis que una pobre ciega?...
MARG. ¡Dios mío! (Con angustia.)
LEDIA. ¡No hay que apurarse!...
Me calaré las vidrieras. (Poniéndose los anteojos.)
¡Cuánta gente!... Se conoce (Mirando á la playa.)
que ha sido la tarde buena.
MARG. ¡Oh! ¿Le ves?
LEDIA. Ni por asomo.
MARG. ¡Me devora la impaciencia!
LEDIA. Aproximate y pregunta. (Con la mayor ansiedad.)
¡Dios de su mano me tenga!
¡Preguntar!... esa sería
la mayor de las torpezas.
(Desaparecen por la izquierda cruzando el escenario los
pescadores y gente de la aldea, conduciendo algunos re-
mos, cuerdas, redes y banastas)
Mas ¿qué miro? ¡Tiburón!
(Indicando hácia la playa.)
MARG. ¡Tiburón!
LEDIA. ¡Soberbia pieza!
Un español trasplantado
en las costas de Noruega.
Separaos, y dejadme
que lo interrogue con cierta
habilidad: ¡es el tal
un tuno de siete suelas!
MARG. ¡No olvides que estoy en ascuas!
LEDIA. (Váse por la izquierda.)
(¡Ay amor, bendito seas!)

Viene Tiburón por la izquierda con las manos meti-
das en los bolsillos de la chaqueta, tarareando una
seguidilla andaluza y mirando hácia las ventanas del
castillo.

ESCENA III.

LEDIA y TIBURON.

TIBURON. Si por cada mentira (Tarareando.)
que me regalas
te arrancasen un pelo,
serías calva.

LEDIA. ¡Eh! Buen mozo.... (Al pasar Tiburon.)
TIBURON. ¡Quién va allá!

(Parándose con sorpresa cómica.)

¡Hola! ¡Sois vos?

(Reconociendo á Ledia y tomando cierto aire jovial.)

LEDIA. ¡Ten la lengua! (Con rapidez)

Oye, Tiburon.

TIBURON. Escucho:

(Aseguran que esta vieja
tiene muy buenos doblones;
apechuguemos con ella.)

LEDIA. ¿Dónde está Rodolfo?

TIBURON. Allá

sobre la mar turbulenta,
sobre las hinchadas ondas,
como dicen los poetas.

LEDIA. ¿Quieres responder?...

TIBURON. Primero

es necesario que sepas
la historia de un desdichado,
por si te hace alguna mella....

LEDIA. ¿La tuya?

TIBURON. Precisamente.

LEDIA. Y á mí, ¿qué me importa?

TIBURON. Ledia,

¿no conoces que te estoy
queriendo... á la marinera?

LEDIA. Déjate de bromas.

TIBURON. ¿Bromas?

LEDIA. ¡Qué pesadez!

TIBURON. Oye, prenda.

(Con solemnidad cómica.)

Nací en Cádiz una noche
entre parda y entre negra;
hijo de padres honrados....

pero... sin una peseta.

No fué preciso llevarme
por la mañana á la iglesia,
pues sin salir de mi casa....

me bautizó una gotera.
 Fuí creciendo y fuí creciendo
 con una vida resuelta,
 y esto lo digo, porque
 cuando yo pedía teta,
 á falta de mi mamá,
 pues la pobre estaba seca,
 me colocaba mi padre
 el pulgar de la derecha
 entre mis labios, diciendo:
 «Aprieta, Perico, aprieta....»
 un día se descuidó
 y me le comí la yema!
 Pero, Tiburon del diablo,
 ¿quieres callar?

LEDIA.

TIBURON.

Ten paciencia,
 que aunque no muy divertida,
 es una historia muy cierta.
 Desde mis primeros años
 aborrecí las escuelas,
 y entré á remar en un bote
 á las quince primaveras.
 A los diez y ocho, en la playa
 me llamaban el *Gatera*,
 á los veinte. *Poco Miedo*,
 y á los veintiuno, *Tremendas*.
 A los veintidos y pico
 armé una marimorena
 con un maton de Chiclana....
 y le rompí la cabeza.
 Escapé de la justicia,
 que tiene bromas muy serias...
 me acogió el patron de un barco
 y me trajo á la Noruega.

LEDIA.

TIBURON.

¡Qué tormento, qué castigo!
 Conque... finalmente, prenda:
 cuento treinta y dos abriles,
 tengo regular presencia,
 de un *volapié* mato un buey,
 y de un trancazo á cualquiera,
 y nuestro amigo Rodolfo,
 que tiene lanchas soberbias,
 me ha prometido que el día
 que me case, la mas nueva
 será para mí.... ¿Estás tú?
 conque dí: ¿qué hacemos, Ledia?
 (Con intencion burlesca.)

- LEDIA. (Este se ha sorbido el seso.
¡Diantre! ¿Si hablará de veras?...)
- TIBURON. ¿Qué hacemos? (Con insistencia.)
- LEDIA. ¡Chit, mi señora!
(Indicándole al fondo.)
- TIBURON. A propósito, para ella.
(Saca una carta y se la entrega á Ledia.)
- LEDIA. ¿De Rodolfo?
- TIBURON. ¿Pues de quién?
- LEDIA. ¡Se habrá visto mayor flema!
Déjame sola.
- TIBURON. ¿Y qué hacemos?
(Con mayor insistencia.)
- LEDIA. Anda pronto... lo que quieras.
- TIBURON. (Como negocio... tal cual.
¡Pero, señor, si es tan vieja!) (Váse por la derecha.)

ESCENA IV.

LEDIA y MARGARITA, que viene por la izquierda.)

- MARG. ¡Oh! ¿Qué te ha dicho? (Con ansiedad.)
- LEDIA. Una carta. (Entregándosela.)
- MARG. ¿Una carta? ¿Qué funesta
desventura me predice
en sus rigores mi estrella?
- LEDIA. Volvámonos al castillo,
(Con miedo mirando al fondo.)
no haga Luzbel....
- MARG. ¡Oh, me tiemblan
la mano y el corazón!
- LEDIA. ¡Y á mí de terror las piernas!

(Margarita desdobra la carta y la lee con creciente ansiedad y paulatina entonacion; Ledia, durante la lectura permanece indiferente yendo á sentarse despues sobre una de las rocas de la izquierda, en cuyo punto se queda profundamente dormida.)

- MARG. «Margarita idolatrada: (Leyendo.)
Un poderoso deber
y una obligacion sagrada
me condenan á no ver
el fuego de tu mirada.
El ermitaño Ramon,
que entre las peñas habita,
á solas en su mansion,

para una revelacion
mi presencia solicita.

Dice que el asunto es grave
y que me importa el asunto,
pues, ¡por causa que Dios sabe,
tiene en su mano la llave
del secreto de un difunto!

¡Cuando en mi triste horfandad, (Transicion.)
llena de fieros enojos,
y de negra soledad,
vuelvo los dolientes ojos
á otro tiempo y á otra edad,

Me parece que el vacio
que se agita en torno mio
se ilumina de repente,
por un sol resplandeciente
de pompa y de poderio!

¡Creo tambien vislumbrar,
como una antorcha á lo lejos,
una mujer singular,
con esos dulces reflejos
que presta la luna al mar!

Y mas cerca, y á mi lado,
un caballero breton
con cien timbres laureado,
y luego.... ¡luego un malvado
que me arranca el corazon!

Si es vanidad pasajera
que engendra la pena mia,
si vision tan hechicera
no es mas que sueño y quimera
de mi ardiente fantasia,

Corro en alas de mi afan
hácia ese islote desierto,
donde llamándome están,
la esperanza con su iman
¡y quizá el alma del muerto!

Perdóname, Margarita,
si á través del ancho golfo
mi ambicion me precipita,
contra esa peña en que habita
la suerte de tu—Rodolfo.»

Queda un momento pensativa: Ledia se sienta sobre la
roca y se duerme.

(CANTADO.)

MARG. Pasion del alma mia,
 espléndida pasion,
 que llenas de alegría
 mi pobre corazon;
 no turbes de mi anhelo
 la dicha sin igual,
 ni empañes de mi cielo
 el límpido cristal.

¿Tú me aseguras
 (Al corazon, como preguntando.)
 placeres mil?
 ¿Y tú me auguras
 suerte feliz?
 Responde....
 ¡Sí!

Es la flor de los amores
 el encanto de la vida,
 y no hay alma endurecida
 á su mágico poder;
 en sus tintas y colores
 la embriaguez su cuerpo toma,
 y en la esencia de su aroma
 su delirio nuestro ser.

Amor mio,
 dulce amor,
 en tí cifro
 mi ambicion:
 ven, Rodolfo,
 ven, por Dios,
 no desdeñes
 mi pasion.

Es la ausencia de un momento
 ¡oh, Rodolfo, idolatrado!
 un suplicio envenenado
 por un loco frenesí;
 no desoigas el acento
 y la voz de mi ternura,
 ¡no me niegues la ventura
 que me puso el cielo en tí!

Amor mio,
 dulce amor,



en tí cifro
mi ambicion:
ven, Rodolfo,
ven, por Dios,
no desdeñes
mi pasion.

ESCENA V.

DICHAS, WILLIAM, y luego RUTILIO.

Margarita queda como sumida en amorosas reflexiones. Ledia permanece durmiendo. William entra por el fondo izquierda, y al ver á Margarita se para de improviso. Margarita fija de nuevo su mirada en la carta, leyendo el primer renglon y besándola luego, completamente distraida y sin echar de ver á William: este avanza rápidamente, deseoso de arrebatara la carta de manos de Margarita; esta no le da tiempo, arrúgala entre la mano y la arroja disimuladamente por la espalda. Ledia despierta, y al ver á William se levanta sobresaltada. Durante este juego escénico se oye la voz de Rutilio, fuera y al fondo izquierda, llamando á William con precipitacion y vehemencia. William, al oír la voz, manifiesta disgusto y sobresalto. Todo esto muy rápido.

(HABLADO.)

RUTILIO. ¡William!... ¡Belfort!... (Llamando fuera.)
MARG. (¡Oh, Dios mio!) (Confundida.)
WILLIAM. (¡Maldita casualidad!) (Como contrariado.)
¡Dame ese papel! (Con rapidez á Margarita.)
MARG. ¡Ah! (Desconcertada.)
WILLIAM. ¡Presto:
no me desesperes mas! (Con energía y decision.)

Entra Rutilio precipitadamente por el foro izquierda;
William, al ver á Rutilio, disimula su ansiedad y desiste de su empeño por tomar la carta.

RUTILIO. ¡Gracias á todos los duendes
que te encuentro!... Perdonad,
(A Margarita reparando en ella.)
bella y gentil Margarita,
visita tan singular.

WILLIAM. (Disimulemos.)

MARG. (¡Dios justo,
estalló la tempestad!)

WILLIAM. (¿Qué pasa?) (A Rutilio.)

RUTILIO. (Pues mucho y malo.) (A William.)

- LEDIA. (¡Santo Cristo de la paz, (Persignándose.)
un cirio de media libra
si escapo sin azotar!)
- WILLIAM. (Luego hablaremos, espera.) (A Rutilio.)
- RUTILIO. (¿En dónde?) (A William.)
- WILLIAM. (¡Aquí!) (A Rutilio.)
- RUTILIO. (Bien está.) (A William.)
- WILLIAM. ¡Loados sean los cielos! (Alto.)
Rutilio, que así nos dan
nueva ocasion de servirte
en aquesta soledad.
Esta visita nos honra,
y como siempre, será
por todos correspondida
con agrado: ¿no es verdad? (A Margarita.)
- MARG. ¡Verdad! (Maquinalmente.)
- RUTILIO. ¡Cómo! ¿Tambien vos?...
(Con tono irónico.)
- WILLIAM. ¿Qué cosa mas natural?
¿No es mi hija? Pues entonces,
à nadie debe extrañar
que tenga mis propios gustos.
- LEDIA. (Al revés y acertarás.)
- RUTILIO. ¡Tal merced y honor tan grande
colman de felicidad!... (Con el mismo tono irónico.)
- WILLIAM. Te dejo un momento á solas; (A Rutilio.)
necesito acompañar
á Margarita: hasta luego.
- Toma el brazo de Margarita, y ambos, seguidos de Ledia, suben al castillo.
- RUTILIO. ¡Señora! (Inclinándose al pasar y saludando á Margarita.)
- WILLIAM. (¿Qué pasará?) (Al salir de la escena.)

ESCENA VI.

RUTILIO, siguiendo con la mirada á MARGARITA.

¡Conque tu pecho de roca
y tu corazon glacial
se han rendido á los embates
de un amor tosco y vulgar?
¿Conque un pobre marinero
lleno de rusticidad
puede vencer ¡vive Cristo!
al baron de San Marcial?
¡Oh, Margarita, despacio,

muy despacio... pues quizá
 el tálamo con que sueñas
 se convierta en funeral! (Transición.)
 Parece ¡voto al infierno!
 que me arrastra sin cesar,
 entre sus férreos brazos
 una maldición tenaz.
 Soy rico, soy poderoso,
 logro cuanto quiero y mas.
 ¡Los prohombres de Noruega
 envidian mi calidad;
 las mas ilustres mujeres,
 todo lo mas principal
 de la córte, se honraria
 con mi alianza.... y pensar
 que un mísero pescador,
 que un oscuro menestral
 me arrebatara ese tesoro
 de juventud y beldad....
 es cosa que nunca pude
 ni prever, ni imaginar!
 Mas, ¿qué temo? ¿No está el Conde
 preso en mis manos? ¡Lo está!
 ¿No milita de mi parte
 la influencia paternal?
 ¡Ah, Margarita, veremos,
 veremos quién puede mas!
 (Baja William del castillo.)
 ¡Aquí está William! Oigamos
 la respuesta que nos da. (Pausa breve.)

ESCENA VII.

WILLIAM Y RUTILIO.

- WILLIAM. Habla, Rutilio. (Con aire sombrío.)
 RUTILIO. Hablaré.
 Mas antes de comenzar,
 te suplico que me escuches
 con paciencia.
- WILLIAM. (¿Qué será?) (Con extrañeza.)
 RUTILIO. Se trata de Margarita.
 WILLIAM. ¿De Margarita?...
 RUTILIO. Sí tal.
 WILLIAM. ¡No te comprendo, Rutilio!
 RUTILIO. Pues oye, y comprenderás.

Hará como cuatro meses,
que estando en la capital,
me prometiste la mano
de Margarita....

WILLIAM. Es verdad.

RUTILIO. Fijado sin discusion
el pacto matrimonial,
convinimos en la boda,
dia menos, dia mas,
para mediados de Octubre.
¿No es esto cierto?...

WILLIAM. Cabal.

RUTILIO. Pues bien: ¡vengo á que me cumplas
tu palabra!

WILLIAM. ¿Tanto afan
tienes por casarte?

RUTILIO. ¡Tanto,
que espero de tu amistad
que no retardes, si estimas
mi bienandanza y tu paz,
ni un solo punto mi enlace.

WILLIAM. ¿Por qué razon cercenar
el plazo que convinimos?
Rutilio, ¿temes quizás
que se quiebre mi palabra
como se quiebra el cristal?

RUTILIO. Eso nunca.

WILLIAM. Pues entonces,
¿de qué nace tu ansiedad?
¡Yo te ofrecí á Margarita,
y yo no me vuelvo atrás!

RUTILIO. Lo sé: pero no se trata
de tí, sino de ella.

WILLIAM. ¡Bah!

por ese lado tampoco
tendremos dificultad;
es dócil como la cera
y cándida por demás.

RUTILIO. ¡No tanto como imaginas! (Con intencion.)

WILLIAM. ¡Rutilio! (Con tono de reconvenccion.)

Déjame hablar:

¡Tú, como padre, eres ciego!

WILLIAM. ¡Y tú, amante, mucho mas!

RUTILIO. Vamos á cuentas: ¿qué asombro,
pobre William, no será
el tuyo cuando te diga
que el baron de San Marcial,

- este sublime dechado
de pompa y de vanidad,
tiene, sin andar muy lejos,
un poderoso rival?
- WILLIAM. Pues me asombraré, Rutilio,
de tanta credulidad.
- RUTILIO. ¿Y si te digo también
que ese incógnito galán,
que consigue por lo visto
la fortuna de agrandar
á la bella Margarita....
- WILLIAM. ¡Loco rematado estás!
(Interrumpiendo con sonrisa burlona.)
- RUTILIO. Es un pobre pescador
de esta playa y de este mar?
- WILLIAM. ¿Un pescador? ¡Buenas tardes!
(En actitud de retirarse de escena.)
- RUTILIO. ¿Lo tomas á broma?
- WILLIAM. ¡Quiá! (Con burla.)
Hasta mañana, Rutilio,
te conviene descansar.
(Da algunos pasos hácia el foro.)
- RUTILIO. Hombre, ¡por todos los santos,
que hablo con formalidad!
- William, al andar, se fija maquinalmente en la carta que
en la escena IV arroja Margarita: la toma del suelo,
la desdobra y la lee: á las primeras palabras se para
lleno de asombro: Rutilio se pasea azoradamente de iz-
quierda á derecha y de derecha á izquierda, sin parar
mientes en la situación de William.
- WILLIAM. «¡Margarita idolatrada!» (Leyendo.)
¿Qué papel es este? ¡Ah! (Como petrificado.)
¡Rutilio! (Bajando hácia él precipitadamente.)
- RUTILIO. ¡Anda con Dios!
(Sin hacerle caso y sin dejar de pasear.)
- WILLIAM. ¡Rutilio! (Con creciente ansiedad.)
- RUTILIO. ¡Déjame en paz! (Prosigue sin hacerle caso.)
- WILLIAM. ¡Escucha! ¿Cómo se llama
ese maldito rival?
(Poniéndose delante de Rutilio con la carta en la mano.)
- RUTILIO. ¡Rodolfo!
- WILLIAM. ¿Conque era cierto?
(Leyendo y comprobándolo en el papel.)
- RUTILIO. Si es una broma. ...
- WILLIAM. ¿Qué mas,
qué mas prueba necesito? (Furioso.)

¡Basta: la voy á matar!

(Intenta subir al castillo, pero Rutilio lo detiene por un brazo.)

RUTILIO. ¡Chit! ¡Despacio y mucho tiento!
La noche y la soledad
son dos buenas consejeras:
¡paciencia y reflexionar!

Suenan golpes de remo hácia la playa.

Gente se acerca á la playa,
¡vamos á urdir nuestro plan!

Toma del brazo á William y se lo lleva por el fondo izquierdo.

WILLIAM. ¿Para qué? ¡si lo mejor
es un castigo ejemplar! (Al tiempo de partir.)

Pausa breve: entran por la derecha, primero Rodolfo,
luego el Ermitaño y despues Tiburon.

ESCENA VIII.

RODOLFO, ERMITAÑO y TIBURON.

RODOLFO. No desatraques, y espera (A Tiburon.)
vigilando en el lanchon.

(¿Y la carta, Tiburon?)

TIBURON. (Haciendo ya su carrera.)

(Tiburon desaparece en la playa.)

RODOLFO. A vos os toca mandar, (Al Ermitaño.)
y alma y corazon os fio:

¡dispuesto estoy, padre mio,
á obedecer y á callar!

ERMIT. ¡Rodolfo, no desesperes
de Dios ni un solo momento!

Un vivo presentimiento (Con entusiasmo creciente
avanzando hasta la mitad del proscenio.)

me está diciendo.... ¡quién eres!

¡Cuanto mas y mas te miro
mas se aferra mi esperanza!

¡Hay en tí tal semejanza,
tal copia de don Ramiro,
que á falta de otra señal,
fuera para mí bastante
el sello que en tu semblante
imprimió el original!

RODOLFO. ¡Que Dios os pague en su gloria

- tan cristiano proceder!
 Mas ¡oh! yo quiero leer
 la página de esa historia,
 que encierra en su abismo fiero
 el origen de mi cuna!...
- ERMIT. No es ocasion oportuna.
 Espera, Rodolfo.
- RODOLFO. Espero. (Resignándose.)
 ¡Tiende tus alas, amor; (Con entusiasmo amoroso.)
 corre, ambicion poderosa;
 ella es rica, noble, hermosa,
 y tú un pobre pescador!...
 ¡Por ella, solo por ella
 se desborda el alma mia!
 ¡Oh! ¡Qué bien, qué bien hacia
 en confiar en mi estrella!
- ERMIT. Un crimen se consumó
 (Asiendo de la mano á Rodolfo y con gran entonacion y
 lúgubre misterio.)
 una noche en alta mar;
 nadie lo supo explicar
 y en el misterio quedó.
 ¡Mas el hado riguroso
 todo lo vence!... y ¡quién sabe
 si alguno tiene la llave
 de crimen tan espantoso!
- RODOLFO. ¿De noche y á bordo?... (Como recordando.)
- ERMIT. ¡Sí!
- RODOLFO. ¿Un camarote pequeño?...
- ERMIT. ¡Caball!
 (Con ansiedad, alentando á Rodolfo.)
- RODOLFO. ¡Me parece un sueño;
 pero algo, algo hay aquí!
 (Llevándose la mano á la frente.)
- ERMIT. Adelante ¡por la cruz!
 prosigue.... (Con vivísimo deseo.)
- RODOLFO. ¡Vana esperanza! (Como desmayando.)
- ERMIT. ¿No adviertes en lontananza
 el resplandor de una luz?
- RODOLFO. ¡Oh, sí, sí! Mi pensamiento
 se va por fin condensando.
 ¡Yo me he visto resbalando,
 (Como recordando lo que habla.)
 en el profundo elemento!
 ¡Yo he sido arrastrado inerte,
 liviano como una pluma,
 por entre montes de espuma,

- en los brazos de la muerte!
 ¡Yo... no sé mas! (Parándose de nuevo.)
- ERMIT. ¿Y despues?...
 RODOLFO. ¡Un bergantin!
 ERMIT. ¿Y su nombre?...
 RODOLFO. ¡Relámpago!
 ERMIT. ¿Y luego?...
 RODOLFO. ¡Un hombre
 ensangrentado á mis piés!
 ¡Qué simpática atraccion!...
 ¿Cómo... cómo se llamaba?...
 ERMIT. ¡Un esfuerzo... sigue... acaba!
 RODOLFO. ¡Ah, ya recuerdo! Ramon.
 (Al pronunciar este nombre examina el rostro del Ermitaño, como herido súbitamente por una sospecha.)
 ¡Ramon! ¡Padre, vuestra faz!...
 ¡Oh Jesus! asoma el llanto
 á vuestros ojos....
- ERMIT. ¡Dios santo!
 (Confundido y disimulando mal su emocion.)
- RODOLFO. ¿Es una vision fugaz,
 un trémulo resplandor
 que alucina mi sentido?
 ¡Oh, no, no; vos habeis sido! (Abriendo los brazos.)
 ERMIT. ¡Rodolfo! (Precipitándose en ellos.)
 RODOLFO. ¡Mi salvador!
 (Quedan estrechados en un fuerte abrazo. Pausa breve.)
- ERMIT. ¡Omnipotente bondad,
 benditos sean los cielos,
 (Con júbilo, contemplando á Rodolfo.)
 que así premian los desvelos
 de mi pobre ancianidad!
- RODOLFO. Mas de mi padre, ¿qué fue?...
 ERMIT. ¡Tu infeliz padre murió!
 RODOLFO. ¡Decidme quién le mato
 y al punto le vengaré!
- ERMIT. ¡Espera, Rodolfo, espera, (Aplacando su ira.)
 que no tardará en brillar
 de una manera ejemplar
 de Dios la venganza fiera!
 Mas ya declina la tarde (Señalando al horizonte.)
 y el sol toca á su poniente:
 sé reservado y prudente,
 y hasta luego! (Váse por el fondo izquierda.)
- RODOLFO. ¡Dios os guarde!
 (Inclinándose con respeto.)

ESCENA IX.

RODOLFO y luego MARGARITA.

RODOLFO. ¡Por tí, consuelo profundo
 (Dirigiendo una mirada al castillo.)
 de mi pobre corazón;
 por tí la noble ambición
 de ser algo en este mundo!

(CANTADO.)

¡Negra noche es mi pasado,
 mi destino la horfandad,
 y mi vida y mi cuidado
 la gigante inmensidad!
 ¡Rompe, misterio impío,
 tu fiera lobreguez,
 y dile al pecho mío,
 dile, por Dios, quién es!

Baja Margarita del castillo y se queda al fondo para
 oír á Rodolfo.

(DUO.)

MARG. ¿Rodolfo? (Entrando.)
 RODOLFO. ¿Margarita?
 (Con sorpresa placentera y saliendo á su encuentro.)
 MARG. ¡Qué sueña tu ambición?
 (Con amarga reconvención.)
 ¿Qué premio necesita
 tu ingrato corazón?
 RODOLFO. ¡Ingrato, qué motivo!
 MARG. ¡Que no piensas en mí!
 RODOLFO. ¿Qué dices?... ¡Cuando vivo
 de amor loco por tí!

MARG. ¡Amor profundo,
 si no es traidor,

ve que su mundo
todo es amor;
y en él no cabe
mas ambicion,
que ser la llave
del corazon!

RODOLFO. ¡Margarita, vida mía,
no me mates, por piedad!
MARG. ¡Yo, que amada me creia!
¡Oh qué torpe ceguedad!

RODOLFO. ¿Arden los celos
dentro de tí
porque en los cielos,
con frenesí,
busqué de un padre
el resplandor
ó de una madre
el santo amor?...

MARG. ¡Enferma tengo el alma (Confusa y doliente.)
de tanto padecer!

RODOLFO. Escucha en dulce calma
(Rodolfo con gran solemnidad)
la historia de mi sér.

En la vida,
noche extraña
me acompaña
sin cesar,
y en el fondo
de un nublado
mi pasado
envuelto va.

Todo es misterio, todo es enigma.
rudo tormento del frenesí;
mas *¡Tú eres hijo de noble estirpe!*
grita la sangre dentro de mí!

Y á su grito
generoso,
misterioso
el corazon,
da consuelo

dulce y puro
 á este oscuro
 pescador.

¡Ayes de muerte, montes de espuma,
 rugientes olas del fiero mar,
 luego una playa de la Noruega,
 y un risco luego para llorar!

¡Esta es mi vida,
 esta es la suerte del pescador,
 dime si temes, prenda querida,
 que tu Rodolfo sea traidor!

El misterio
 mas profundo
 en el mundo
 me lanzó,
 y se agita
 en torno mio
 el vacío
 aterrador.

MARG.

¡Rodolfo mio, (Con entusiasmo amoroso.)
 ven á mis brazos,
 ven y perdona

RODOLFO.

tanta pasión!
 ¡Oh, Margarita,
 luz de mis ojos,
 bálsamo dulce
 de mi dolor!

(Á DUO.)

En la senda
 de la vida
 no hay mas bello
 resplandor
 que los rayos
 fulgurantes
 de la estrella
 del amor.

(HABLADO.)

- RODOLFO. ¡Oh, mi gentil Margarita!
¿Cómo pudiste soñar
que una esperanza bendita
llegase un punto á mermar
el fuego que en mí palpita?
¡Antes faltará en el mundo
el astro germinador;
antes el seno fecundo
de ese mar ancho y profundo,
que yo faltar á mi amor!
- MARG. Te creo, Rodolfo mio.
¡Soy tan feliz, tan dichosa,
que alma y corazón te fio!
Perdóname si angustiada
pude soñar un desvío.
- RODOLFO. ¡Oh, Margarita! (Acariciando su mano.)
- MARG. Dejemos (Transición.)
los arrebatos, y hablemos
en santa calma los dos.
- RODOLFO. ¿Hay novedad?... (Alarmado.)
- MARG. Sí.
- RODOLFO. ¡Gran Dios! (Con dolor.)
- MARG. ¿Qué importa? La venceremos. (Con resolución.)
¡El barón de San Marcial
ha venido!
- RODOLFO. ¡Pues te juro (En son de amenaza.)
que si empieza, acaba mal!
- MARG. ¡Hay un medio mas seguro
y de mas alcance!
- RODOLFO. ¿Cuál?
- MARG. ¡Mi constante negativa,
mi decisión!
- RODOLFO. ¡Buen remedio!...
¿Y qué es la fiereza esquiva
de la mujer mas altiva
cuando hay un padre por medio?
- MARG. ¡Mi padre me romperá,
(Con resolución y tono vigoroso.)
pero no me doblará!
- RODOLFO. ¡Quiéralo Dios! (Con duda.)
- MARG. ¡Soy constante! (Con altivez.)
- RODOLFO. ¡No lo dudo ni un instante,
pero el tiempo lo dirá! (Con nueva duda.)
- MARG. ¡Rodolfo! (Con sequedad y reconvenion. Pausa breve.)

- RODOLFO. ¡Maldita estrella, (Con desesperacion.)
que así tuerce mi camino
y así mi vida atropella!
- MARG. ¿Y qué hacer?... nuestro destino
(Con tono de resignacion.)
viene trazado por ella.
Mas la firme voluntad (Con entusiasmo y confianza.)
todo lo vence en el mundo:
yo te amo con lealtad,
tú con cariño profundo;
nada temas en verdad!
Pues antes que un casamiento
que no sea por amor,
sierva de mi juramento,
en la celda de un convento
sepultaré mi dolor! (Pausa breve.)
- RODOLFO. Si por caprichoso azar
(Con dolor y vehemencia crecientes.)
de la mudable fortuna,
se llegase á disipar
esa nube singular
en que va envuelta mi cuna;
si este pescador villano
fuese un día caballero,
¡con qué aliento sobrehumano
no disputára tu mano,
Margarita, al mundo entero!
Mas si torba y despiadada
me dice la suerte esquivada:
«¡No esperes, no esperes nada!»
y tú, triste y desolada,
dejas que te encierren viva;
Rodolfo en cambio te jura,
por lo mucho que te amó,
morir en la linfa pura
de ese ancho mar, ¡sepultura
(Señalando á la playa.)
del padre que me engendró!
- MARG. ¡Oh, tu razon desvaria! (Avariciándole con ternura.)
¡Calma, mi Rodolfo, calma!
¿Qué importa tu villanía?
¡La verdadera hidalguía (En un arrebató heróico.)
la escribe Dios en el alma!
Y esa ejecutoria va
donde la virtud está;
no hay ley que otorgarla pueda;
ni se compra ni se hereda, (Rápido.)

- ni se quita ni se da!
 RODOLFO. ¡Hermosa doctrina!
- MARG. ¡Oh, sí!
 ¡Mitiga tu pecho triste,
 pon tu confianza en mí!
- RODOLFO. ¿Por qué tan alta naciste?... (Desesperado.)
 ¿Por qué tan bajo nací?...
- MARG. ¡Cuanto mas alta, mayor
 la gloria del vencedor!
- RODOLFO. ¡Pero es tan gigante el vuelo!... (Desmayando.)
 MARG. ¡Pues alas tiene el amor (Con entusiasmo.)
 para encumbrarse hasta el cielo!
- RODOLFO. ¡Margarita! (Confuso.)
- MARG. Desistir
 equivale á no luchar.
 ¡Arriba sin desmayar! (Dándole aliento y confianza.)
- RODOLFO. ¿Y si no puedo subir?... (Dudando.)
- MARG. ¡Yo en cambio puedo bajar! (Sonriendo con amor.)
- RODOLFO. ¡Alma de mi alma querida! (Besándole una mano.
 Suena á lo lejos el toque de la oracion.)
- MARG. ¡El toque de la oracion!
- RODOLFO. ¿Y mañana?
- MARG. En la Florida.
 (Separándose de Rodolfo y en actitud de subir al castillo.)
 ¡Adios!
- RODOLFO. ¿Sin mas despedida? (Abriendo los brazos.)
- MARG. ¡Con todo mi corazón!
 (Precipitándose en los brazos de Rodolfo.)
 William y Rutilio aparecen al fondo izquierda sorprendiendo á los amantes.
- RUTILIO. ¡Mira!... (A William, y señalando á los amantes que permanecen abrazados.)
- WILLIAM. ¿Qué veo?... (Queriendo precipitarse sobre los amantes.)
- RUTILIO. ¡Detente!
 (Tratando de impedir su entrada.)
- WILLIAM. ¡Oh, déjame, vive Dios!
 (Desasíendose de Rutilio y entrando furioso.)
- MARG. ¡Mi padre! (Sorprendida y espantada.)
- RODOLFO. ¡Cielo clemente! (Como aterrado.)
- WILLIAM. ¡Venganza, venganza ardiente
 (En el colmo de la ira, y en ademán de sacar la espada.)
 con la sangre de los dos!
- Rodolfo queda á la derecha del escenario.—Rutilio á la izquierda.—Margarita se arroja á los piés de William.

ESCENA X.

DICHOS, WILLIAM y RUTILIO.

(CANTADO.)

- WILLIAM. ¡Tal infamia, tal deshonra
y traicion tan criminal?....
(A Margarita con acento duro.)
- MARG. ¡Padre miol (Suplicante.)
- WILLIAM. ¿Yo tu padre?
¡Imposible; no, jamás! (Con dureza.)
- MARG. Aquí tienes franco un pecho
y aquí un pobre corazon;
vengarás un ciego impulso, (Con altivez.)
pero nunca un deshonor!
- RUTILIO. (¡Da treguas á tu furia!) (A William.)
- WILLIAM. (¡Aparta!) (A Rutilio, sin oírle y ciego de furor.)
- RUTILIO. (No; ¡pardiez! (Insistiendo, á William.)
¿Olvidas el proyecto
que há poco te conté?)
- RODOLFO. ¡Señor Conde!...
(A William con humildad y tono suplicante.)
- WILLIAM. ¿Quién me nombra?
(Con desprecio.)
- RODOLFO. ¡Por el cielo! (Suplicando con angustia.)
- WILLIAM. ¡Basta ya!
(Con desden, interrumpiéndole.)
- RODOLFO. ¡Perdonad á Margarita
y mi sangre derramad!
- MARG. (¡Oh, Rodolfo idolatrado,
huye, sálvate por Dios!)
(Con ansiedad y rapidez á Rodolfo.)
- RODOLFO. ¡Una espada... aquí... la vuestra!
(A William, señalando al corazon.)
¡Mas la de ese infame, no!
(Por Rutilio, con furor y enojo.)
- RUTILIO. ¿Insulto semejante?... (Asombrado.)
¿audacia sin igual?...
¡Villano! (Yendo hácia Rodolfo con la espada desnuda.)
- RODOLFO. ¡Con las uñas (Esperándole con bravura.)
lo voy á desgarrar!

En el momento de reñir, entra precipitadamente por el fondo el Ermitaño y se interpone entre Rodolfo y Rutilio.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y EL ERMITAÑO.

ERMIT. ¿A un hombre desarmado
 quereis asesinar?...
 (A Rutilio que retrocede unos pasos)
 ¡Dios justo!... ¡Dios potente!...
 (Contemplando á Rutilio con asombro y como recordando
 su fisonomía.)
 ¿Qué miro?... ¿Qué pensar?...

RODOLFO. Hay volcanes (Con exaltacion y pena.)
 y montañas
 que se queman las entrañas
 con un fuego abrasador.
 ¡Mas ninguno
 tan ardiente,
 tan horrible, tan rugiente
 como el fuego de mi amor!

MARG. ¡Virgen santa, (Al cielo con angustia.)
 Madre pura
 de esperanza y de ventura
 que contemplas mi dolor;
 no me niegues,
 milagrosa,
 de tu mano generosa
 la esperanza de mi amor!

WILLIAM. ¡Negra suerte,
 vil destino
 que así enlodas mi camino
 con infamia y deshonor;
 no me dejes
 una vida
 empañada y deslucida
 por la mano del amor!

ERMIT. (¡Me parece,
 (Aparte y contemplando á Rutilio.)
 si lo miro,
 ver del pobre don Ramiro
 al infame matador;



pues ni cabe,
ni se alcanza,
mas completa semejanza
con la faz de aquel traidor!

RUTILIO. (¡Me parece, (Mirando de soslayo al Ermitaño.)
no me engaño,
conocer á este ermitaño,
que me mira con furor,
pues con sola
su presencia
se estremece mi conciencia
y me llena de terror!)

ERMIT. Decidme, señor Conde, (A William.)
decid, por caridad,
¿qué ofensa en este sitio
se quiere castigar?...

WILLIAM. ¡Pretendo dar la muerte (Lleno de rabia.)
sin tregua ni piedad,
al vil que me deshonra,
cobarde y criminal! (Señalando á Rodolfo.)

ERMIT. ¡Un crimen!... ¿Desde cuándo
(Como sorprendido y con desden.)
es crimen... el amar? (Transicion.)
(¿Sabeis lo que es un crimen,
(A William con acento terrible.)
y un crimen infernal?

WILLIAM. ¡Urdir un regicidio!...
¡Por Dios, por Dios, callad!
(Retrocediendo espantado.)

ERMIT. (¡O bien traidoramente,
bogando en alta mar,
(A Rutilio con intencion y mucho brio.)
hacer que muera un niño
entre las ondas!...)

RUTILIO. (¡Ah!) (Como petrificado.)

RODOLFO. No es posible,
cielo santo,
que descargue
tu rigor
mas tremenda
pesadumbre
en mi pobre
corazon.

MARG. Condenada
para siempre
la ventura
de mi amor,
no prolongues (Al cielo.)
la existencia
de este pobre
corazon.

WILLIAM. ¡Un secreto
misterioso
de mi vida
sorprendió,
y mi pecho
se ha llenado
de espantosa
confusion!

RUTILIO. (Es el eco
de aquel crimen
que en las ondas
resbaló,
y el fatídico
presagio
de mi eterna
perdicion.)

ERMIT. ¡Soy el rayo
justiciero
de la cólera
de Dios,
y el escudo
milagroso
de un amante
corazon!

Rutilio queda á la izquierda como aterrado. Rodolfo hu-
ye por la derecha y en direccion á la playa. Margarita
cae de rodillas á los piés de William. El Ermitaño
sigue á Rodolfo. Cae el telon.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon del Renacimiento en el castillo de Belfort; mobiliario de época; mesa con recado de escribir; dos sillones á entrambos lados de la mesa; á la izquierda, primer término, puerta con un tapiz suspendido que la cerrará cuando lo determine la fábula; otra mayor al fondo: á la derecha, segundo término, un ancho balcon con barandilla de piedra.—Suntuosidad, lujo y magnificencia.—Los criados y demás servidumbre del castillo, formando corro alrededor de *Tiburón*; este con los brazos cruzados y en actitud imperturbable.

ESCENA PRIMERA.

TIBURÓN y CORO.

(CANTADO.)

CORO.

Habla presto, nada temas,
suene el eco de tu voz,
y escuchemos y sepamos
lo que pasa, Tiburón.
Que hubo gresca y alboroto,
y un encuentro original,
y sorpresas y desmayos
no se puede ni dudar.
— ¡Habla, pues!...
— ¡Habla ya!...
— Dinos tú...
— La verdad.

TIBURÓN.

¡La verdad es muy terrible!
No sé cómo decir.... (Aparentando confusion.)
(¿Andaluz y á mí con estas?...
Se van á divertir.)

:

El sol se despedía
 muy rubio y muy cortés,
 tan guapo, y como siempre,
 besando al mar los piés.
 La noche misteriosa
 envuelta en su capuz,
 andaba á picos pardos
 á espaldas de la luz.

CORO. ¿Y qué mas?...
 TIBURON. ¡Silencio!
 Chiton... ¡Oid!
 (Allá va una bola
 de mi país.)

TIBURON. Estaba Margarita
 sentada junto al mar,
 cuando una tintorera
 la quiso devorar.
 ¡Medía el tal pescado,
 segun yo vi despues,
 aproximadamente
 dos mil quinientos piés!

CORO. ¡Mentira, Tiburon,
 mentira!
 TIBURON. ¡Por la Cruz!
 (¡Esta tropa no sabe
 lo que es un andaluz!)

CORO. En esta casa
 (Con algun barullo y confusion.)
 todos estamos,
 todos tenemos
 los mismos amos
 y te brindamos
 nuestra amistad.
 Todos vivimos
 en esta casa,
 si algo te ocurre,
 si algo te pasa,
 (Haciendo una seña burlesca con la mano derecha y apo-
 yando el pulgar sobre la nariz.)
 no pongas tasa,
 puedes mandar.

- TIBURON. (¡Si no tiene dinero,
me luzco como hay Dios!)
- LEDIA. (¡Si busca mi dinero,
se luce como hay Dios!)
- TIBURON. ¡Ledia, Ledia!
- LEDIA. ¡Tiburon!
- TIBURON. Cerca, cerca...
(Abrazándola con placer exagerado y burlesco.)
- LEDIA. ¡Picaron!

(Á DUO.)

Con dulces palabras,
con mágica voz,
unidos por siempre
nos tenga el amor.

- TIBURON. Escucha, Ledia mia,
cómo te quiero yo.

¿No ves, cuando amanece,
los tiernos pajarillos
batir sus limpias alas,
trinar con sus piquillos,
y luego remontarse
buscando el nuevo sol?...

¡Ay, ay!
¡Qué gusto, qué primor!
¡Ay, ay!
Así te quiero yo.
¡Paloma!

- LEDIA. ¡Pichon!
- TIBURON. (Aparte.) (Si no tiene dinero
le pego un coscorrón.)

- LEDIA. Pues á tu vez escucha
cómo te quiero yo.

¿No ves la mariposa
cómo revolotea
buscando con las alas
la luz que la recrea,
y al fin halla su muerte
donde su gusto halló?...

¡Ay, ay!

¡Qué gusto, qué primor!
 ¡Ay, ay!
 Así te quiero yo.
 ¡Paloma!
 ¡Pichon!
 (Si busca mi dinero
 valiente desazon.)

(Á DUO.)

(Esperemos, ya veremos,
 y sabremos ¡vive Dios!
 quién pelea, quién resiste
 y quién vence de los dos.
 Pues si juzgas, } pobrecita
 } pobrecito
 que me puedes atrapar,
 ó } me sueltas } los ochavos
 } renuncias }
 ó } me vuelvo yo } á la mar.)
 } te vuelves }

(HABLADO.)

TIBURON. ¡Oh, Ledia, bendito amor
 que así tan fuerte nos liga!
 LEDIA. ¿Qué quieres que yo te diga,
 picarillo seductor?
 (Dándole una palmadita en la cara.)
 ¿Y el Conde? (Transición.)
 TIBURON. Partió ligero
 del castillo, y no sé más.
 «Aquí, dijo, esperarás;»
 y el otro dijo, «Aquí espero.»
 LEDIA. ¿Y se amansa?
 TIBURON. Puede ser.... (Dudando y con sorna.)
 LEDIA. ¿No tiene mejor cariz?
 TIBURON. ¡Pone la misma nariz
 y el mismo gesto de ayer!
 LEDIA. ¡Cáscaras!... (Asustada.)
 TIBURON. Sí, ¡voto á tal!
 Pero qué gesto, qué gesto,
 como quien dice: ¡Todo esto,
 todo esto, me huele mal!

- LEDIA. ¡Es duro!...
- TIBURON. ¡Como una roca! (Transición.)
Mas, dime, ¿cómo has logrado
el hacer de mí un criado
de esta casa?
- LEDIA. Punto en boca.
¡Cuando el amor nos penetra
(Con ternura y vehemencia.)
el alma!...
- TIBURON. (¡Cielos divinos!)
- LEDIA. ¡Hace milagros supinos!
¿Entiendes?...
- TIBURON. ¡Sí! (Ni una letra.)
- LEDIA. Antiayer se despidió
el montero....
- TIBURON. Bien. (Con indiferencia.)
- LEDIA. ¡Y como
yo influyo en el mayordomo!
¿Vas entendiendo?...
- TIBURON. ¡Sí! (No.)
- LEDIA. El Conde pretende hallar
un muchacho diligente,
un buen montero.
- TIBURON. Corriente,
pues que lo vaya á buscar.
- LEDIA. Pero hombre de Dios, ¿no ves
que ese muchacho eres tú?
- TIBURON. ¿Yo?... ¡No enreda Belcebú
mas diabólico entremés!
- LEDIA. ¿Tanto me quieres, paloma? (Con aparente ternura.)
Tanto, que ya me figuro
que puedes dar por seguro
nuestro enlace.
- TIBURON. (¡Toma, toma!)
(Sacudiéndose los dedos de la mano derecha.)
- LEDIA. Solo pende el matrimonio
de la respuesta que dé
mi buen padre.
- TIBURON. ¿Cómo.... qué....
tu padre?
- LEDIA. Justo.
- TIBURON. ¡Demonio!
¡No haya miedo que me pierda
por ninguna de tu raza!
¡Este reloj, por la traza,
tiene dos siglos de cuerda! (Queda pensativo.)
- LEDIA. ¿En qué estás pensando?

- TIBURON. (¡Cuerno!)
 ¡Estoy pensando, mujer,
 que tu padre debe ser
 hermano del Padre Eterno!
- LEDIA. Pues yo tan vieja no soy
 como supones.
- TIBURON. ¿Tu edad?
- LEDIA. Oye la pura verdad.
- TIBURON. (¿Mujer y verdad?... ¡Ya estoy!)
- LEDIA. La cara es sin duda alguna
 de los años el reflejo.
- TIBURON. ¡A juzgar por ese espejo....
 tres días mas que la luna!
- LEDIA. ¿Callarás? Segun mis cuentas,
 á mediados de este mes
 cumplo.... los cuarenta.
- TIBURON. Pues
 mira, no los representas. (Con gran formalidad.)
- LEDIA. ¡Harás que contigo rife
 por lo simple y lo borrico! (De muy mal talante.)
- TIBURON. ¡Conque cuarenta!... (Con mucha ironía.)
- LEDIA. ¡Y un pico! (De mal gesto.)
- TIBURON. El pico de Tenerife.
- LEDIA. Estás hecho un Lucifer,
 (Yendo hácia Tiburon como para arañarle la cara.)
 un caimán, un....
- TIBURON. ¡Dios me asista! (Retrocediendo.)
- Oye, Ledia.... (Ledia se retira por la puerta izquierda.)
- LEDIA. Hasta la vista. (Desde la puerta.)
 Se acabó.
 (Volviendo á asomarse y desapareciendo con rapidez.)
- TIBURON. ¡Pero mujer!... (Suplicante.)

ESCENA IV.

TIBURON.

¡Amoscada! Y en verdad
 que no le falta razon.
 ¿Quién te manda, Tiburon,
 echarle en cara su edad?
 ¿No es mujer? Pues esto basta
 para que no desmerezca
 de su sexo, y se parezca
 á las demás de su casta!

ESCENA V.

TIBURON y RUTILIO.

RUTILIO. ¿Y el Conde? (Entrando por el foro.)

TIBURON. No sé deciros.

Há poco salió, y no ha vuelto.

RUTILIO. Esperaré. (Pausa breve. Rutilio queda profundamente abstraído.)

TIBURON. (Me revienta este fantasmón.)

RUTILIO. (¡No quiero

(Revelando desasosiego y temor.)

prolongar ni un solo día tan espantoso tormento! Hoy mismo se han de firmar los contratos.... ¡Oh, sí!... ¡Luego, mucho mar y mucha tierra!... Lóndres, Paris... el infierno!)

(Queda pensativo de nuevo.)

TIBURON. (¡Diantre, cómo gesticula, (Observándole.) qué modales, qué aspavientos!...

¡Me parece que este bicho es ave de mal agüero!)

RUTILIO. (¡En cuanto al feroz enigma de ese ermitaño soberbio, no cabe mas solución que la punta del acero!)

Mira fijamente á Tiburon, manifestando curiosidad.

TIBURON. (¡Canastas, cómo me mira!)

RUTILIO. Oye: si mal no recuerdo, yo te he visto en otra parte....

TIBURON. Puede ser.... (Vamos mintiendo.)

Si tuviéseis la bondad de nombraros.... (Algún necio.)

RUTILIO. El baron de San Marcial.

TIBURON. (¡Este es el pilló!... me alegro.)

Señor baron, permitidme

(Aparentando gran cortesía.)

que con el mayor respeto bese humilde vuestras plantas....

(Yendo á postrarse.)

RUTILIO. Déjate de cumplimientos

(Rutilio le impide arrodillarse.)

y responde á mis preguntas.

- TIBURON. ¡Oh, preguntad!
- RUTILIO. ¿Cuánto tiempo llevas aquí de criado?
- TIBURON. Pues hace que estoy sirviendo al Conde William Belfort, unas seis horas.... ¡lo menos!
- RUTILIO. ¿Te burlas? (De mal talante.)
- TIBURON. Digo verdad, y es fácil probar los hechos. Ayer era pescador de estas playas, y hoy montero del castillo.
- RUTILIO. Di, ¿conoces á un tal Rodolfo? (Herido súbitamente por la idea de Rodolfo.)
- TIBURON. (¡Sondemos!)
(Con mucha intencion.)
¿Quién no conoce en la costa
(Con gran intencion y disimulo.)
á ese babieca, á ese necio,
que porque tiene seis lanchas
no cabe ya en el pellejo?
- RUTILIO. ¡Mal le quieres!...
- TIBURON. ¡Mal, muy mal!
(Creciente rapidez hasta la terminacion de la escena.)
- RUTILIO. ¿Le detestas?...
- TIBURON. ¡Le detesto!
- RUTILIO. ¿Serias capaz?...
- TIBURON. ¡De todo!
(Con resolucion falsa y aparente.)
- RUTILIO. Dos mil libras te prometo si consigues.... (Con mucha viveza.)
- TIBURON. ¡Chit.... mas bajo!
- RUTILIO. Que ese pescador....
- TIBURON. Entiendo.
(Simulando con el puño un golpe de cuchillo.)
- RUTILIO. Mas, ¡imposible!
- TIBURON. ¿Por qué?
- RUTILIO. ¡Porque el penitente negro, como la gente lo llama, vela por él!
- TIBURON. ¡Poco es eso, cuestion de dos golpes!
- RUTILIO. ¡Bravo!
- TIBURON. ¿Os parece bien?
- RUTILIO. ¡Soberbio!
- TIBURON. (¡En cuanto tenga ocasion

- le voy á romper los huesos!)
- RUTILIO. ¿Qué decías?...
 TIBURON. ¿Quién, yo? Nada,
 que estoy conforme y de acuerdo.
- RUTILIO. ¿Trato cerrado?
 TIBURON. Cerrado.
- RUTILIO. ¡Dos mil libras!
 TIBURON. ¡Y dos muertos!
- RUTILIO. ¿Y el plazo?
 TIBURON. Corto: tres dias.
- RUTILIO. Alguien entra. (Mirando al fondo.)
 TIBURON. ¡Pues callemos!

Entra William por el fondo izquierda, hace una seña á Tiburon para que se retire, y avanza severo y mudo. Rutilio permanece tambien silencioso, contemplando al Conde con sonrisa glacial.

- TIBURON. (¡Yo te cortaré las alas,
 (Desde el fondo al salir y mirando á Rutilio.)
 pajarraco del infierno!)

ESCENA VI.

RUTILIO y WILLIAM. Pausa conveniente.

- RUTILIO. William, si no conociese
 los estragos que hace el tiempo
 en un carácter, dudara
 del tuyo.
- WILLIAM. ¡Rutilio, en eso
 tú eres mas feliz que yo;
 siempre igual, siempre de hielo!
- RUTILIO. ¡Hola, hola!... Por lo visto (Con tono sangriento.)
 tambien padeces de ciertos
 extravíos de memoria.
 ¡No te juzgué tan enfermo! (Transicion.)
 De hielo, William, el hombre
 que con generoso pecho
 apartó de tu cabeza
 la deshonra y el....
- WILLIAM. ¡Silencio!
 (Interrumpiendo con terror.)
 ¡Calla, calla.... no prosigas,
 sella el labio!
- RUTILIO. ¡Te obedezco!
 (Sonriendo con satisfaccion.)

WILLIAM. ¡Ah, Rutilio, cuántas veces
acuden á mi cerebro,
como punzantes abrojos
aquellos tristes recuerdos!
Un príncipe, ¡Dios lo sabe!
febril, injusto, violento,
puso la mano en mi rostro
delante de su Consejo.

¡Ira, desesperacion,
odio y vergüenza sintiendo,
juré vengarme! El puñal
compré de un aventurero:
¡erró el golpe, y con la vida
hubo de pagar su yerro!...

RUTILIO. ¡Mas yo, que por dicha tuya (Interrumpiendo.)
intervine en el proceso,
me apoderé de una prueba
que te condenaba!...

WILLIAM. Es cierto.

RUTILIO. Pues bien: tasa aquel servicio.

WILLIAM. ¡Es que vale mas el precio
que me exigés!... ¡Oh, Rutilio!
(Con ferviente súplica y profundo dolor.)

Oyeme por si te muevo
á compasion. Tú no sabes
lo que es el duro y horrendo
sacrificio de una hija:
no ves el remordimiento,
que se clava poco á poco
en la mitad de mi pecho,
gritando incesantemente:
«¡Mal padre, mal caballero!
¡por qué diste vida á un ángel
para sepultarlo luego
en un fatídico mar
de lágrimas y tormento?»

¡Toma, Rutilio, mi hacienda,
toma la sangre que tengo
en mis venas, todo es tuyo,
y todo y aun mas te debo!
Mas, ¡por la gloria divina
humildemente te ruego
que me vuelvas la palabra
que un dia, liviano y ciego,
te empeñé, sí... y que desistas
de nuestro fatal proyecto!
¡Gozas de inmensa fortuna,

- eres noble, y no eres viejo,
y sobran en la Noruega
damas de ilustre abolengo,
para que logres hacer
un hermoso casamiento,
por voluntad, no por fuerza.
por amor.... y no por miedo! (Pausa brevísima.)
- RUTILIO. Ayer me dijiste airado:
«Lo que una vez yo prometo
se cumple....»
- WILLIAM. ¡Pero Rutilio! (Jadeante.)
- RUTILIO. ¡Pero William, eso quiero! (Con resolucion.)
Ni te vuelvo la palabra,
ni renuncio á mi proyecto.
- WILLIAM. ¡Oh cruel tenacidad! (Desesperado.)
- RUTILIO. ¡Hoy mismo ha de ser, ó entrego
en manos de la justicia
tan precioso documento!
- WILLIAM. Pues bien, tigre sanguinario,
(Fuera de sí y en ademán de sacar la espada.)
antes de que llegue á término
tu infame denuncia.... (Yendo hácia Rutilio.)
- RUTILIO. ¡Imbécil!
(Con precipitacion.)
¿Piensas que conmigo llevo
el autógrafa?... ¡No falta
quien te denuncie si muero!
- WILLIAM. ¡Maldicion! (Cayendo anonadado en el sillón.)
- RUTILIO. Escucha, William.
¡Estamos perdiendo el tiempo
lastimosamente: el plazo
brevísimo te concedo
de media hora para que
te resuelvas! Hasta luego.
(Dirigiéndose á la puerta del fondo.)
- WILLIAM. ¡Antes morir! (Desesperado y resuelto.)
- RUTILIO. ¡Si es tu gusto!... (Con indiferencia.)
¡Pasada media hora, vuelvo!
(Con entonacion y dureza.)

Se va Rutilio por el fondo izquierda, y William permanece desesperado en el sillón, con la cabeza apoyada sobre las manos y sollozando amargamente. Entra Margarita por la puerta izquierda, y al ver el desconsuelo de su padre cae de rodillas á sus piés.

ESCENA VII.

WILLIAM y MARGARITA.

(CANTADO.)

- MARG. ¡Llorando, y por culpa mia!
(Desde la puerta observando á su padre.)
¡Padre de mi corazon! (Echándose á los piés.)
- WILLIAM. Aparta. (Con blandura.)
- MARG. ¡Perdon, perdon!
¡Qué tormento, qué agonía! (Con doliente frenesi.)

¡A tus plantas,
padre mio,
palpitando
de dolor,
con el alma
te suplico
generosa
compasion.
Por aquella
que en su seno
nueve meses
me llevó,
por aquella
santa madre,
no me niegues
tu perdon!

- WILLIAM. Aplaca los rigores
(Se levanta William y abraza á Margarita prodigándola tiernas caricias.)
de tus enojos,
mitiga tus dolores,
seca tus ojos.
Calla, hija mia,
no preguntes la causa
de mi agonía.
Un misterio que viene
de mi pasado,



el corazon me tiene
despedazado.
Calla, hija mia,
y respeta el silencio
de mi agonía.

MARG. ¡Jesus! (Asustada.)
WILLIAM. ¡Piedad! (Elevando la vista al cielo.)
MARG. ¿Tú invocas
del cielo la piedad?
(Con extrañeza y creciente confusion.)
¿Qué es esto, habla? .. (Suplicante y ansiosa.)
WILLIAM. ¡Nunca! (Con dolor.)
MARG. ¡Por Dios! (Con ruego vehemente.)
WILLIAM. ¡Jamás, jamás! (Con decision y pena.)

¡Respeto, Margarita,
respeto mi dolor,
y deja que agonice
mi pobre corazon.
Al fondo del abismo
desesperado voy,
cual piedra que derrumba
la cólera de Dios!

MARG. (Su acento misterioso
me llena de terror,
y estremecido late
mi pobre corazon.
En brazos de la suerte
desesperada voy,
llenando de amargura
la vida de mi amor.)

(HABLADO.)

WILLIAM. ¡Hija mia! (Abrazándola con angustia y cariño.)
MARG. Padre amado,
¡cuánto diera por saber
tus penas!
WILLIAM. ¡No puede ser! (Con tristeza.)
¡Quédese aquí sepultado (Señala al corazon.)

- entre sus fibras dolientes
el rudo tormento impío!
- MARG. ¡Habla, habla, padre mio! (Con creciente solicitud.)
- WILLIAM. ¡Margarita, no lo intentes!
¡Oh, adios! (Con resolucion y en actitud de salir.)
- MARG. ¿Y así te vas?...
- WILLIAM. ¡Soy una planta maldita,
cuyo fruto, Margarita,
muy pronto recogerás!
(Sale por la puerta izquierda. Margarita queda como cons-
ternada.)

ESCENA VIII.

MARGARITA.

¿Qué es esto, ¡Dios soberano!
qué terrible desconsuelo
oculta en su triste velo
la oscuridad del arcano?
¿Qué me augura misteriosa
la desdicha paternal
sobre el destino fatal
de mi pasión amorosa?
¿Por qué, por qué si nací (Levantando los ojos al cielo.)
sujeta á tan triste vida,
¡madre del alma querida!
no me llevas hácia ti?
(Queda sollozando. Ledia entra precipitadamente por el fondo
izquierda.)

ESCENA IX.

MARGARITA y LEDIA.

- LEDIA. ¡Gracias á Dios!... ¡Oh, qué entrar,
qué subir y qué bajar!...
Y Rodolfo, el pobrecillo,
que no cesa de rondar
toda la tarde el castillo!
¡Desde la alta galería,
sobre las rocas peladas,
se le ve, ¡Virgen María!
echando aquí unas miradas
como chispas de herrería!
Quizá desde este balcon

ver consiga al doncel.

(Se aproxima Ledia al balcon y luego Margarita.)

Entra Tiburon andando de puntillas por el fondo derecha, mirando cautelosamente á un lado y á otro; se para en el foro, y al ver á Margarita, exclama:

TIBURON. ¡Ajajá! Buena ocasion.
 ¡Chit!... (Haciendo una seña con la mano á Rodolfo. Luego dirigiéndose á Margarita desde el foro.)
 ¡Señora!... (Margarita y Ledia vuelven la vista á la voz de Tiburon. Rodolfo aparece al fondo derecha.)
 LEDIA. ¡Tiburon! (Viéndole.)
 MARG. ¡Jesus! (Sorprendida al ver á Rodolfo.)
 LEDIA. ¡Y el otro con él! (Por Rodolfo.)

Avanza Rodolfo, se aproxima á Margarita, le toma una mano, que ella le abandona llena de confusion, y la cubre de besos. Ledia, pasando por detrás de los amantes, se pone como en actitud de vigilar la entrada de la izquierda.

ESCENA X.

MARGARITA, RODOLFO, TIBURON y LEDIA.

RODOLFO. ¡Margarita, prenda amada! (Con frenesí amoroso.)
 MARG. ¿Sabes á lo que te expones? (Con vivísimo recelo.)
 RODOLFO. ¡A morir!... (Con indiferencia.)
 MARG. ¡Virgen sagrada!
 (Aterrada. Pausa breve.)
 TIBURON. Mucho ojo con esa entrada.
 (A Ledia, indicando la puerta izquierda.)
 LEDIA. No necesito lecciones.
 (De mal talante y con desden desapareciendo por la izquierda. Tiburon se coloca al foro como para vigilar.)
 MARG. ¡Oh, qué locura!...
 RODOLFO. Es verdad.
 ¡Locura, temeridad!
 Mas, ¿quién osa resistir
 cuando este comienza á hervir
 (Señalando al corazon.)
 con ciega impetuosidad?
 ¡Al mar tempestuoso y lleno
 podrás alzarle una valla;
 mas no hay quien le ponga freno
 cuando en la mitad del seno
 de amor el volcan estalla!
 MARG. ¡Oh, Rodolfo, huye, véte,

- salva, por Dios, tu existencial
(Con vehemencia y terror.)
- RODOLFO. ¿Mi vida?... ¡Bah! No te inquiete...
(Con desprecio de sí mismo.)
- MARG. ¿Y no ves que tu presencia
también mi honor compromete?
- RODOLFO. ¿Y el baron de San Marcial? (Con enojo y desden.)
¿Y ese maldito rival
que en este castillo mora,
acaso no te desdora?...
- MARG. ¡Calla, calla!... (Temiendo no le oigan desde fuera.)
- RODOLFO. ¡Voto á tall!...
(Con profunda y amarga ironía.)
Ya comprendo la razon,
sí; cómo noble se llama
y se titula baron,
¡no puede echar un borron
sobre el cielo de tu fama!
- MARG. ¡Rodolfo! (Suplicante.)
- RODOLFO. ¡Llegó el instante (Con decision y firmeza.)
de probar la ardiente fé
que encierra tu pecho amante!
- MARG. ¿Qué intentas? (Asustada.)
- RODOLFO. Te lo diré.
¿Me quieres?...
(Tomándola una mano y con frenética pasion.)
- MARG. ¡Mas que á mi vida!
(Con resolucion y firmeza.)
- RODOLFO. ¿Lo juras?
- MARG. ¡Sin vacilar! (Mirando al cielo.)
- RODOLFO. Pues volemos en seguida
por esa franca salida
hácia la costa del mar.
Hermosa nave ligera
para salvarnos espera
anclada en el ancho golfo....
- MARG. ¡Oh, no prosigas, Rodolfo....
(Interrumpiéndole con dignidad y rapidez.)
no sueñes con tal quimera!
¡Antes mil veces morir
que tan fiero deshonor!
¡La pasion, en mi sentir
que no sabe resistir,
es liviandad, no es amor!
- RODOLFO. ¡Margarita! (Confundido.)
- MARG. El mundo entero
tal proceder motejara.

- ¿Qué digo? ¡Dios justificior!
 ¡Tú serias el primero (Por Rodolfo.)
 en arrojármelo en cara!
- RODOLFO. No sé qué extraña elocuencia
 puso en tí la Providencia
 que avasalla mi razon.
- MARG. Pues me puso la conciencia
 por norma del corazon.
 ¡Y díome en su alta piedad,
 (Con tono digno y seguro.)
 aunque me veas mujer,
 constancia en la voluntad,
 gran firmeza en el querer
 y poca fragilidad!
 Conque así, Rodolfo mio,
 ¿por qué al dolor entregarnos?
 ¿Por qué temer un desvío
 cuando ni el sepulcro frio
 ha de lograr separarnos?
- RODOLFO. ¿Y tu padre? (Con recelo y temor.)
- MARG. ¡Ruido sientol
- (Como si oyese rumor al foro.)
- ¡Huye, sall (Con súplica, impaciencia y temor.)
- RODOLFO. ¡Mia has de ser!...
- ¿No es verdad?
- (Con locura y como recordándole su juramento.)
- MARG. ¡O de un convento!
- TIBURON. El baron. (Tiburón desde el foro con viveza.)
- RODOLFO. ¡Oh, qué tormento!
- (Poniendo mano á la daga.)
- MARG. Rodolfo, ¿qué vas á hacer?
- RODOLFO. ¡A matarlo! (Resuelto.)
- MARG. En pleno dia... (Indignada.)
 en mi casa.... ¡entre los dos!...
- RODOLFO. ¡Es verdad! (Confundido.)
- MARG. ¡Qué se diria!
- RODOLFO. ¡Adios, Margarita mia! (Estrechando con ternura
 una de sus manos entre las suyas.)
- MARG. ¡Adios, mi Rodolfo, adios! (Con entusiasmo.)

Desaparecen Rodolfo y Tiburon por el fondo derecha.
 Margarita se aproxima al balcon, como para conven-
 cerse de la salida de Rodolfo, dirigiendo la mirada al
 exterior. Silencio y pausa conveniente. Rutilio aparece
 en la puerta del fondo, penetra en escena y se aproxima
 lentamente al balcon, colocándose detrás de Margarita.
 Otra pausa breve.

ESCENA XI.

MARGARITA y RUTILIO.

- MARG. En la playa.... en libertad....
(Como viendo á Rodolfo fuera del castillo, y secándose los ojos con el pañuelo.)
¡Descansa ya, corazon! (Al tiempo de volverse queda sorprendida por la presencia de Rutilio.)
- RUTILIO. ¿Os gusta la inmensidad? (Con profunda ironía.)
- MARG. ¿Oh, vos aquí? ¡Maldicion!
(Tratando de huir á la violenta mirada de Rutilio.)
- RUTILIO. ¿No hay un saludo?...
(Indicando al balcon con profundo despecho.)
- MARG. ¡Esperad!
(Extiende el pañuelo y saluda á Rodolfo desde el balcon.)
- Dirige despues una mirada altiva á Rutilio y desaparece rápidamente por la izquierda; Rutilio la sigue con la vista hasta que desaparece de la escena, soltando despues una seca y diabólica carcajada.

ESCENA XII.

RUTILIO.

- Está bien: así te quiero; (Con la mirada fija en la puerta por donde ha desaparecido Margarita.)
no desperdicies el dia.
¡Esta noche serás mia,
mal que pese al mundo entero!
¡Gaviota del pescador,
luce tus brillantes galas;
yo te cortaré las alas,
para amansar tu rigor!
¡Me parece mas hermosa (Transicion.)
porque sé que me detesta:
cuanto mas trabajo cuesta,
mas se apetece una cosa!
¿Pero este William, será
tan confiado ó tan necio,
que estime en tan poco precio
mi posicion?... (¡Aquí está!) (Viéndole llegar.)
- Entra William por la izquierda, entorna la puerta y deja caer despues el tapiz para mayor precacion; atraviesa el escenario, cierra la del foro y toma luego asiento en

uno de los sillones de la mesa. Rutilio permanece en pié, visiblemente preocupado. Pausa breve. Margarita se asoma á la vista del público, como en actitud de escuchar, por entre el tapiz y la puerta.

ESCENA XIII.

WILLIAM, RUTILIO y MARGARITA, desde la puerta.

- MARG. (¡Oh, yo quiero averiguar si aquí un misterio se esconde!)
- RUTILIO. ¿Qué me dice el señor Conde?
¿Me puede ya contestar? (Pausa breve.)
- WILLIAM. ¡Aunque la venganza aprestes, poco lograrás de mí
- RUTILIO. Eso depende de tí, según lo que me contestes.
- WILLIAM. ¡Nada, nada me intimidal... cumple tu oficio, ¿á qué esperas?
- RUTILIO. ¿De veras, William?
- WILLIAM. ¡De veras!
- RUTILIO. ¿Y tu deshonor y tu vida?...
- MARG. (¡Santo Dios!)
- WILLIAM. ¡Cómo ha de ser!
- RUTILIO. Yo en tu lugar....
- WILLIAM. ¡Loco empeño!
¿Serías acaso dueño del alma de esa mujer?
- RUTILIO. ¿Y qué importa? La diría.... con claridad y llaneza....
- WILLIAM. ¡O tu mano ó mi cabeza! (Interrumpiendo.)
- RUTILIO. Pues justo.
- MARG. (¡Virgen María!) (Apoyándose contra el marco de la puerta, aterrada y convulsa.)
- WILLIAM. Y cobarde y criminal, escuchando á mi egoismo....
- RUTILIO. Se la entregaria hoy mismo (Interrumpiendo.) al baron de San Marcial.
- WILLIAM. Y la pobre Margarita....
- RUTILIO. Si á mis planes se acomoda.... (Interrumpiendo.)
- WILLIAM. Como regalo de boda.... (Interrumpiendo.)
- RUTILIO. ¡Le doy la carta maldita! (Interrumpiendo.)
- WILLIAM. ¡El autógrafo terrible que al patíbulo me lleva?
- RUTILIO. ¡Sí, la fatídica prueba!
- WILLIAM. ¡Pues no, Rutilio, imposible!
¡Antes el verdugo insano!

- RUTILIO. ¿Eso quieres?
 WILLIAM. Eso quiero.
- RUTILIO. ¡Pues vas á morir! (Dirigiéndose apresurada y resueltamente hácia la puerta del fondo.)
- WILLIAM. ¡Primero
 mi cabeza! (Con exaltacion. Margarita descubre el tapiz y entra visiblemente conmovida.)
- MARG. ¡No.... mi mano!
 (A Rutilio con rapidez y resolucion. Rutilio retrocede.)
- WILLIAM. Ella aquí... ¡Dios poderoso!
 ¡Cae como anonadado sobre el sillón.)
- MARG. ¡Bendita casualidad!
 ¡Oh, padre mio, piedad! (Arrodillándose á los piés de William y tomándole una mano.)
 ¡Calma tu pecho angustioso
 y tu amargo frenesí!
 ¿No soy de tu sangre parte?
 ¡Pues yo vengo á rescatarte!
 ¿Qué honra mayor para mí?
- WILLIAM. ¡No consiento, no consiento
 tan horrible sacrificio!
- MARG. ¿Y la pena del suplicio?
 (Con viveza y emocion creciente.)
 ¿Y la infamia del tormento?...
- WILLIAM. ¿Y la amorosa pasion
 que en tu pecho se dilata?...
- MARG. ¡Cuando de la honra se trata,
 se retuerce el corazón!) (Con decision y heroismo.)
 Rutilio, ya conoceis (Alto y aparentando serenidad.)
 mi voluntad. (¡Oh, sorpresa!)
- RUTILIO. ¡Irrevocable promesa!
- MARG. ¿Y cuándo?... (Sonriendo friamente.)
- MARG. ¡Cuando gustéis!
- RUTILIO. Mil gracias. Dispuse ya
 todo lo mas necesario:
 los testigos, el notario....
 (Con tono de incredulidad.)
- MARG. ¡Pues ahora! (Con rapidez y resolucion.)
- RUTILIO. Bien está.
 (Haciendo una cortesía respetuosa á Margarita.)

Sale Rutilio por el fondo izquierda. William queda perplejo y anonadado. Margarita se retira á un lado de la escena, sollozando y cubriéndose los ojos con el pañuelo.

ESCENA XIV.

WILLIAM y MARGARITA.

MARG. (En cuanto arranque al baron
(Con voz reconcentrada y casi llorando.)
esa carta maldecida,
ven, Rodolfo, por la vida
de mi pobre corazon!
¡Ven sin demora al castillo,
y en desquite á tus agravios,
clava el perjurio en mis labios
con la punta del cuchillo!) (Pausa breve.)

Hace un poderoso esfuerzo para dominar su amarga y
difícil situación. William levanta la cabeza y fija los
ojos en Margarita con asombro y pena.

WILLIAM. ¡Oh, qué has hecho, desdichada!

MARG. Padre, cumplir mi deber.

WILLIAM. ¿Y vas, hija mia, á ser
á tal mónstruo condenada?
(Levantándose del sillón.)

Rumor de voces al foro.

MARG. ¡Comienza la gente á entrar,
disimulemos, por Dios!
¡Quédense para los dos
el disgusto y el pesar!

William se retira á un extremo del escenario. Margarita
hace un poderoso esfuerzo como para dominarse. Entra
Rutilio por el foro izquierda acompañado del Notario
y dos testigos que aparentan por sus trajes ser personas
principales; siguen despues Ledia y el coro. El Notario
se queda de pié junto á la mesa, extiende un rollo de
papel y comienza la ceremonia por el órden que deter-
mina el diálogo.

ESCENA XV.

MARGARITA, LEDIA, WILLIAM, RUTILIO, NOTARIO y coro general.

(CANTADO.)

CORO.

(Yo no salgo
de mi asombro,

ni me puedo
convencer,
que se case
Margarita
si recuerdo
lo de ayer.
Ella es jóven,
y se casa
con un gallo
solteron;
de seguro
le sucede
lo que á todos
al baron.)

(¡Algo aquí pasa, de fijo!
¿Qué será, qué no será?...
Pero, ¡bah,
haya boda y regocijo,
pues al fin lo mismo da!)

NOTARIO. El conde William Belfort.

(Llamando con solemnidad.)
padre de la contrayente....

WILLIAM. (¡Oh, justo cielo!) Presente.

(Aproximándose al Notario.)

NOTARIO. ¡Firmad!

(Le presenta la pluma.)

WILLIAM. (¡Dios mio!)

(Lleno de angustia y vacilando.)

MARG.

(¡Valor!)

(A William, inspirándole decision.)

Firma William y vuelve á su puesto maquinalmente. El
Notario hace como que escribe algunos renglones de-
bajo de la firma de William y continúa despues llaman-
do á los contrayentes y testigos.

NOTARIO. El baron de San Marcial....

(Rutilio se aproxima á la mesa.)

Rutilio Guálter.... Aquí.

(Señalándole el sitio en que ha de firmar. Rutilio firma.)

Ahora la novia.

MARG.

(¡Ay de mí!)

(Aterrada, pero disimulando su agonía.)

WILLIAM. (¡Dios santo! ¡Dios eternal!) (Anonadado.)

Hace Margarita un poderoso esfuerzo, y sobreponiéndose á los impulsos de su corazon y dominando su angustia, se aproxima á la mesa y toma la pluma de mano del Notario, pero al ir á firmar, suena la voz de Rodolfo y cae arrodillada al pié de la mesa. Ledia se habrá colocado cerca de Margarita. Asombro general.

RODOLFO. Las aguas de los mares (Fuera á la derecha.)
cuando resbalan,
reflejan en sus ondas
mis esperanzas.
¡Ay, mi fortuna,
si tambien son, como ellas,
viento y espuma!

¡No haya temor,
no lo serán,
firme es su amor,
tierno su afan:
antes que hacer
negra traicion,
se ha de romper
su corazon!

MARG. (¡Piedad, Rodolfo mio!)
Me matas... ¡Oh!

WILLIAM. (Cayendo desmayada contra la mesa.)
¡Gran Dios! (Espantado.)

RUTILIO. (Que el fiero mar te trague,
maldito pescador!) (Con rabia desde el balcon.)

Ledia levanta del suelo á Margarita. A sombro general.

RODOLFO. ¡Antes que hacer (Mas próxima la voz.)
negra traicion,
se ha de romper
su corazon!

WILLIAM. (¡Castigo de mi culpa, (Margarita vuelve en sí.)
castigo celestial!)

RUTILIO. Hermosa Margarita,
(Cerca y con aparente solicitud.)

en tanto os recobrais,
 yo juzgo que el contrato,
 debemos aplazar.
 (¡Entrego á vuestro padre,
 (Con rapidez y entereza.)
 si al punto no firmáis!)

Margarita se hiergue como impelida por un resorte, toma la pluma de mano del Notario, pero vacila de nuevo.

CORO. ¡Se turba su cara,
 (Contemplando los movimientos de Margarita.)
 no está muy tranquila;
 de nuevo se para,
 de nuevo vacila;
 ocúltase en vano
 su pena cruel,
 retira la mano,
 no firma el papel!

RUTILIO. Está mejor la novia,
 podemos continuar. (A todos.)
 Margarita hace un esfuerzo supremo y firma.

NOTARIO. Ahora los testigos. (Llamando.)
 Destácanse del fondo cinco personas, los dos testigos que han entrado con Rutilio, otros dos de la servidumbre del castillo, pero de la mas alta, y Rodolfo que avanza resuelto por delante de los cuatro hasta la mesa. Al verlo, retrocede espantada Margarita. Asombro general.

MARG. ¡Gran Dios!
 RODOLFO. ¿Por qué temblar? (A Margarita.)
 ¿Acaso no contabas
 con un testigo mas?

ESCENA XVI.

DICHOS Y RODOLFO.

RUTILIO. ¡Prended al insensato (Al coro.)
que así viene á turbar
la calma y el reposo
de tal solemnidad!

Movimiento en el grupo de coristas hacia Rodolfo.

RODOLFO. ¡Cobarde, miserable! (A Rutilio.)
¡Atrás, canalla, atrás!
(Al coro con desesperacion: el coro retrocede.)
¡Si dais un solo paso
os mato sin piedad!

(CONCERTANTE.)

RODOLFO. En las flores mas hermosas,
el reptil duerme traidor,
y en las frases cariñosas
la perfidia del amor.
¡Yo, que ciego la queria,
ver no pude, por mi mal,
la ponzoña que escondia
en sus labios de corall

MARG. Ilusiones amorosas
de mi sueño encantador,
sois fugaces y engañosas
como nubes de vapor.
Yo, que ciega lo queria,
ver no pude, por mi mal,
el arcano que escondia
la desgracia paternal.

RUTILIO. Exigencias vergonzosas
y humillantes del amor,
me someten, caprichosas,
á los piés de un pescador.
Deslumbrada el alma mia,
ver no quiso, por su mal,
lo muy poco que valia
el baron de San Marcial.

WILLIAM. ¡Amenazas pavorosas
que me llenan de terror,
ó torpezas amorosas
que empañar pueden mi honor!
¡Yo, que en santa paz vivía,
ver no pude, por mi mal,
la desgracia que escondía
mi cariño paternal!

LEDIA. ¡De estas farsas peligrosas
es mi culpa la mayor;
si averiguan estas cosas
Dios me preste su favor!
¡Yo, que el riesgo conocía,
ver no quise, por mi mal,
que el enredo al fin se haría
un enredo general!

CORO. Las palabras dolorosas
de este pobre pescador
son terribles, son furiosas,
y me llenan de estupor.
¡Yo, que en vano discurría,
ver no pude, por mi mal,
que la boda causaría
un disgusto general!

WILLIAM. ¡Atad á ese villano, (Por Rodolfo al coro.)
y no haya compasion!

RODOLFO. ¡Yo reto á ese cobarde, (A Rutilio.)
si tiene corazon!

Da algunos pasos atrás y se pone en guardia, de espalda al coro y esperando á Rutilio. El coro lo sujeta, pero al descomponerse el grupo de coristas aparece el Ermitaño al fondo.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y EL ERMITAÑO.

ERMIT. ¡En nombre de los cielos,
(Al coro con entereza y autoridad religiosa. Asombro general.)
dejadle en libertad!

WILLIAM. ¡Mis órdenes cumplid!
(Con severidad y decision al coro.)

- ERMIT. ¡Atrás, William, atrás!
 (Bajando hasta colocarse en medio de William y Rutilio.)
 ¡O entrego al regicida
 al príncipe real!) (Con viveza y terrible amenaza.
 William retrocede con disgusto.)
- MARG. ¡Por Dios, Rodolfo mio! (Suplicante á Rodolfo.)
- RODOLFO. ¡Deja, déjame en paz!
 (Con desden y altivez á Margarita.)
- MARG. ¡Perdon, misericordia!
- RODOLFO. ¡Perdon, perdon.... jamás! (Con locura y fiereza.)

¡Desprecio
 tan solo
 merece
 tu amor;
 infamia,
 desprecio
 tu negra
 traicion.
 ¡Imbécil
 del hombre
 que empeña
 su fe;
 maldito
 por siempre,
 maldito
 tambien!

Margarita, asida de las manos de Rodolfo, pugna por re-
 tenerlo, y este por desasirse.

TODOS.

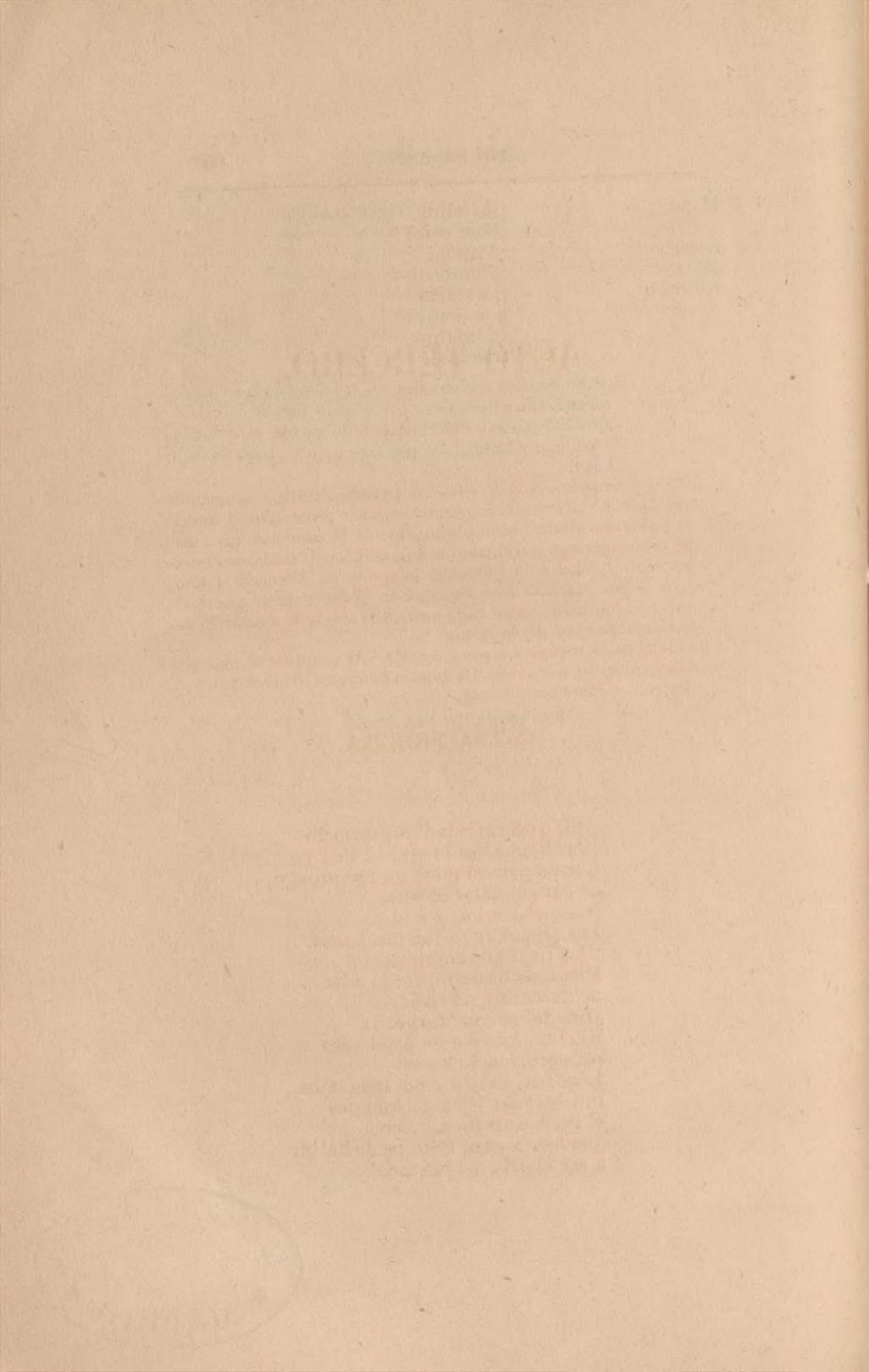
La mala
 ventura
 de pronto
 cayó,
 sembrando
 desdichas
 y fiero
 rigor.
 ¡Qué pasa,
 Dios mio,
 qué pasa,
 no sé;
 parece
 del cielo
 castigo
 cruel!

MARG. ¡Rodolfo! (Casi al foro.)
¡Bien mio!
RODOLFO. ¡Aparta!
MARG. ¡¡Perdon!!
RODOLFO. ¡¡Maldita
por siempre
tu infame
traicion!!

Rodolfo rechaza á Margarita, que cae desmayada en brazos de Ledia y desaparece por el fondo derecha entre el asombro general. El Ermitaño contiene con su actitud á William y Rutilio que permanecen aterrados. Cae el telon.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.





ACTO TERCERO.

Cámara ochavada.—A la derecha, en segundo término, dos grandes ventanas de vidrieras, la del segundo término practicable, y ambas de primorosa ornamentación bizantina.—A la izquierda dos puertas que comunican con el interior del castillo.—Al fondo otra puerta: mesa y sillón á la izquierda: taburetes en diferentes puntos de la escena: una gran lámpara sobre un zócalo, y en el ángulo de una ochava, dispuesta de modo que pueda apagarse cuando lo determine la acción de la fábula.

Preludio en la orquesta á telón corrido.—Al terminar el preludio aparece Rutilio por la segunda puerta izquierda, visiblemente preocupado.—Pausa conveniente.

ESCENA PRIMERA.

RUTILIO.

¡Oh, qué ansiedad y qué noche!
¡Qué noche tan larga! El tiempo,
que es para el goce un relámpago,
es para el dolor eterno.

(Suenan las tres en el reloj del castillo.)

Las tres: aun faltan dos horas.

¡Dos horas de sufrimiento!

Mientras no despunte el alba,
no descanso, no sosiego.

¿Dónde iré con Margarita?

¿Dónde, que ponga á cubierto
mi seguridad? ¡No sé!

Londres, París.... no, mas lejos,
mucho mas lejos.... América,
el Polo Antártico.... creo
que hasta en el Polo he de hallar
á ese aborto del infierno!

Mas, ¡oh, Dios! ¿Quién es, quién es
ese penitente austero
que aparece ante mi vista
como un castigo del cielo?
¿Qué quiere de mí? ¿Qué quiere
ese fantasma siniestro,
negro como mi conciencia,
y como mis culpas negro?
Imposible adivinar,
no doy con él, no recuerdo.

(Suena el oleaje del mar.)

¡Hola, parece que el golfo
tambien se agita soberbio!
¿Habrá tempestad?... quién sabe:
todo, todo me lo temo.

(Se asoma á la ventana.)

Mucha bruma, gran marea,
y algunas rachas de viento. (Cierra la ventana.
Tiburón desde la puerta del fondo.)

ESCENA II.

RUTILIO y TIBURÓN.

TIBURÓN. Señor barón....

RUTILIO. Adelante.

¿Está ya todo dispuesto?

TIBURÓN. Lo está.

RUTILIO. ¿La silla de postas?...

TIBURÓN. En el patio grande.

RUTILIO. Bueno.

¿Saben que hemos de partir
después de la boda?

TIBURÓN. ¿Que hemos?...

RUTILIO. Nosotros, se entiende.

TIBURÓN. ¡Ah! vamos.

RUTILIO. Tú haces falta aquí.

TIBURÓN. Convengo.

RUTILIO. Mientras no consigas....

TIBURÓN. ¡Justo,

los dos golpes!

RUTILIO. No hables recio.

(Indicando al cuarto próximo.)

¿Y has concertado tu plan?

TIBURÓN. Mañana los escabecho.

RUTILIO. ¡Chit!... mas bajo.

TIBURÓN. ¡Pues mañana

- los despabilo!
- RUTILIO. ¡Silencio!
(Este zarramplin del diablo
ó es muy ladino ó muy necio.)
- TIBURON. (Se me pasan unas ganas
de retorcerle el pescuezo....)
- RUTILIO. ¿Y de Rodolfo, qué sabes?
- TIBURON. ¡Que está en capilla!
- RUTILIO. No es eso.
¿No te llama la atencion
que un pescador liso y neto
haya podido lograr
fortuna en tan poco tiempo?
- TIBURON. Se dice que en un naufragio
salvó un rico cargamento,
por cuyo hermoso rescate,
segun tambien me dijeron,
le dió el armador del buque
seiscientas libras de premio.
- RUTILIO. Y trabaja con sus lanchas
y multiplica el dinero,
¡mas siempre será un palurdo!...
- TIBURON. ¿Un palurdo?... ¡Ni por pienso!
pues aunque viste de lana
tiene poco de borrego.
Sabe leer y escribir,
compone fáciles versos,
se produce como un lord (Marcando las palabras.)
y discurre como un viejo.
- RUTILIO. ¿Te estás burlando?
- TIBURON. Es la pura
verdad. Y lo mas soberbio
del caso es, que nadie sabe
de dónde vino el mochuelo.
En un puerto de la Suecia
lo recogió un marinero,
lo empaquetó en su brik-barca
y se lo trajo á este pueblo.
- RUTILIO. ¿Le daría educacion?...
- TIBURON. Sí, la educacion del remo.
- RUTILIO. Es particular. Entonces,
¿cómo diantre?...
- TIBURON. Por su mérito.
Porque en lugar de trasnoches,
tabernas y jubileos,
él se pasaba en la escuela
las horas con el maestro.

- RUTILIO. ¿Hablas de él con entusiasmo?... (Medio receloso.)
 TIBURON. La justicia lo primero.
 Mas esto no quita para...
 que yo la quite de enmedio.
 ¡Chit... la vieja!
 (Asoma Ledia por la primera puerta izquierda.)
 RUTILIO. ¡Bien! ¡Sepamos
 lo que ocurre por ahí dentro.)

ESCENA III.

DICHOS y LEDIA, que entra por la puerta del fondo.

- RUTILIO. ¿Sigue mejor?...
 LEDIA. No parece (Con alguna tristeza.)
 que adelanta mucho.
 RUTILIO. ¿Pero
 se encuentra mas sosegada?...
 LEDIA. Lo mismo.
 RUTILIO. ¡Qué contratiempo!
 Y es necesario partir
 con el alba.... (¡Lo veremos!)
 TIBURON. ¿Y el Conde?...
 RUTILIO. En su compañía.
 LEDIA. (¡Pobre Margarita!)
 TIBURON. (¡Pobre Margarita!)
 RUTILIO. (Tiemblo
 como si tuviera azogue.
 ¡Oh, qué noche, qué tormento!)
 (Quédase abstraído y silencioso. Pausa brevísima.)
 TIBURON. (¿Conque se la lleva al fin?...) (A Ledia.)
 LEDIA. (¡Se la lleva!) (A Tiburon.)
 TIBURON. (¡Pues protesto!) (A Ledia.)
 LEDIA. (¡No es ya su esposa?...)
 TIBURON. (¿Su esposa?...
 Falta mi consentimiento.)
 RUTILIO. (La idea de ese Ermitaño
 (Rutilio de mal talante.)
 pesa sobre mi cerebro
 como una losa de plomo!...
 ¡Quién será?... No lo recuerdo.
 Necesito descansar
 un breve espacio.... no puedo

tenerme en pié.) Tiburon, (Alto.)
por si hay novedad te dejo
de centinela, no olvides
que apenas quiebre reflejos
el albor....

TIBURON. Id descuidado.

RUTILIO. Ya sabes, en mi aposento. (Váse sombrío y lentamente por la segunda puerta izquierda.)

TIBURON. ¡Anda con Dios, y ojalá (Desde la puerta á Rutilio.)
goces de tan largo sueño,
que si despiertas, despiertes
en el mismísimo infierno!

ESCENA IV.

TIBURON y LEDIA.

TIBURON. ¿Conque se la lleva al fin, (Paseando por la escena.)
conque por fin se la lleva,
conque se chupa la breva,
ese pícaro mastin?...

¿Conque van á la ciudad,
conque abandonan el golfo,
conque al mísero Rodolfo
se le mata sin piedad?...

LEDIA. ¡Ay, Tiburon, ay de mí!

(Llorando y siguiendo á Tiburon en su paseo.)

TIBURON. ¡Nunca, voto á una legion!

(Sin parar mientes en lo que habla Ledia.)

LEDIA. ¡Ay, Tiburon, Tiburon, (Idem.)

qué desdichada nací!

TIBURON. ¡Inventar es necesario

una diabólica trama!

(Sin hacer caso de Ledia, pero parándose como pensativo.)

LEDIA. ¡Ay, Tiburon, cuando se ama....

TIBURON. No se la lleva, ¡canario!

(Como si hubiese dado con una idea.)

LEDIA. Cuando en el pecho se encierra
un amor profundo, y cuando....

TIBURON. ¿Pero de qué estás hablando?...

(Interrumpiéndola con disgusto.)

LEDIA. ¡De los patos de tu tierra! (Indignada.)

TIBURON. ¡Pues mira que el horno está (De mal talante.)
para bollos!

- LEDIA. ¿Y á mí qué?
- TIBURON. ¡Ni á mí!
- LEDIA. ¡Yo te lo diré!
- TIBURON. ¡Ledia!... (Furioso.)
- LEDIA. ¡Lo mismo me da!
- (Con desprecio y burla.)
- TIBURON. ¡Pero oye, mujer, escucha, (Mostrándose razonable.)
y basta ya de quimeras!
- LEDIA. ¡Valiente pez!
- TIBURON. Como quieras.
- LEDIA. ¡Tú sí que estás buena trucha!
- LEDIA. ¡Te haré del castillo echar
por lo ingrato y lo cerrill!
- TIBURON. ¡Oh, venganza mujerill!
Adios, me va á destronar.
- LEDIA. ¡No me engañas, soy un lince!
- TIBURON. Y eso á los cuarenta y pico....
¡diantre, para el diablo chico
que te atrapara á los quince!
- LEDIA. ¡Pillo, canalla, bribon! (Yendo hácia él furiosa.)
- TIBURON. Oye, nieta del infierno, (Encolerizado y rabioso.)
sobrina del Padre Eterno,
tia de la creacion,
con ese rostro de agraz
me tienes ya frito y hartó;
sé que no tienes un cuarto:
¿me quieres dejar en paz?
- LEDIA. ¡El interés, cosa rara,
cosa rara, ya salió;
todos lo mismo!
- TIBURON. ¡Pues no,
te iba á querer por tu cara!
¿Olvidas en tus enojos
que una píldora purgante
se la dora lo bastante
para que engañe los ojos?
Pasion que á las viejas urge,
si á jóvenes se acomoda,
hay que dorarles la boda
para que traguen la purga.
- LEDIA. ¡El negocio, el interés, (Subiendo el tono, despechada é hiriendo el tablado con el pié.)
qué peste, señor, qué peste!

Aparece William por la primera puerta de la izquierda con Margarita del brazo que se manifiesta sumamente abatida.

WILLIAM. ¿Hola.... qué alboroto es este?

(Con dureza y severidad desde la puerta)

¡Despejad!

LEDIA. (Hasta despues!)

(A Tiburon con tono amenazante y tirándole un pellizco.)

Tiburon se va por la segunda puerta de la izquierda.
Ledia por la del fondo. Margarita se sienta en un taburete. El Conde en un sillón y cerca de Margarita; esta apoya un brazo en las rodillas de William.

ESCENA V.

WILLIAM y MARGARITA.

WILLIAM. Margarita, pues que ya (Con gran ternura.)

te encuentro mas sosegada;

pues que la nueva alborada

en lucir no tardará;

pues que el sacerdote va

con su santa bendicion

á hacer perpétua tu union

y tu desgracia infinita,

¡Margarita, Margarita,

muéstrame tu corazon!

MARG. ¡Oh, jamás, padre querido, (Con dulce reconvencion)

que es temeraria locura

despertar la calentura

del leon que está dormido! (Señalando al corazon.)

Duerma en paz, y su latido

ninguna pasion denote:

el recuerdo es un azote

que pudiera despertarlo,

y entonces, ¿cómo llevarlo

a los piés del sacerdote?

WILLIAM. ¡Verdad, hija mia, sí!

Comprendo el triste suplicio

y el amargo sacrificio

que te has impuesto por mí.

Mas di, Margarita, di,

¿no tienes, á la verdad,

entre tan fiera ansiedad

y entre tan infausta suerte,

como el condenado á muerte

tu postrera voluntad?

MARG. Una tengo. (Como quien se alivia de un peso.)

WILLIAM. ¡Pues te juro

como á sagrado mirarla,
y cumplirla y respetarla
ciegamente!

- MARG. |De seguro
te enoja, me lo figuro!
- WILLIAM. Vamos, habla sin temor. (Suplicando cariñosamente.)
- MARG. Es una prenda de amor,
¡un tiempo tan lisonjera!
que hoy devolverla quisiera
á Rodolfo el pescador. (Transición. Pausa convenient
e y con entonación narrativa.)
Con ansia esperando un día
¡á qué negarlo! á Rodolfo
en la margen de ese golfo
que el Poniente sol heria;
llena de melancolía,
mitad gusto, mitad duelo,
vino en su amoroso anhelo,
sin poderla contener,
una lágrima á caer
silenciosa en mi pañuelo.
Un brazo se adelantó
blandamente por mi espalda,
y rápido de la falda
el pañuelo arrebató.
En él un beso crujió,
y apenas su labio toca
mi lágrima, triste y loca,
se disipa de repente
en la llamarada ardiente (Con delcete amoroso.)
del beso de aquella boca.
Confusa un punto quedé,
bajé los ojos, y luego
de aquella boca de fuego
estas frases escuché:
«Margarita, si es tu fe
»tan inmensa, tan profunda
»como el amor que me inunda,
»como el volcan que me quema,
»este ha de ser el emblema
»que nos ate y nos confunda.»
Dijo, y el lienzo rasgando
con pasión y ceguedad,
me dejó con la mitad
y huyó con la otra volando.
Quedeme absorta mirando
aquel emblema y tesoro

del bien que perdido lloro,
cuando de su blanco encierro, (Con misterio.)

cayó un anillo de hierro
con unas cifras en oro.

¡Dulce prenda, fiel testigo

(Sacando el anillo y contemplándolo con arrobamiento.)

de mi ventura pasada,
que hallaste aquí tu morada

(Señalando al corazón.)

de un juramento al abrigo:

al dejar el seno amigo

que darte supo calor,

á Rodolfo el pescador

lleva con ánsia infinita

de la pobre Margarita,

otra lágrima de amor!

(Besa la sortija con apasionado frenesí. Pausa conveniente.)

WILLIAM. ¿De hierro y oro?...

(Como herido por una idea repentina.)

MARG. Cabal.

WILLIAM. Parece cosa de hechizo.

MARG. ¿Por qué?

WILLIAM. Porque en tu bautizo

di á don Ramiro otro igual,

con la promesa formal

de unirse á su tiempo y día

con un hijo que él tenía....

¡Mas poco el trato duró,

pues que con su hijo murió

cuando de la India volvía!

Prosigue....

MARG. Las cifras son

varias letras, coronadas

por dos manos enlazadas. (Mostrando la sortija.)

WILLIAM. ¡El anillo... maldicion! (Levantándose del asiento.

Reconociéndolo y lleno de asombro.)

MARG. ¡Oh! (Entregando el anillo á William.)

WILLIAM. ¡El mismo, el mismo, sí....

un pescador!...

MARG. ¡Ay de mí! (Desconcertada.)

WILLIAM. Aunque se halle en un destierro,

(En el colmo de la desesperacion.)

no me paro, no me aterro,

yo necesito saber

cómo llegó á su poder

esta sortija de hierro!

(Váse rápidamente por el fondo izquierda.)

ESCENA VI.

MARGARITA queda como anonadada.

(CANTADO.)

Lágrimas mias,
¿en dónde estais
que de mis ojos
ya no brotais?
El fuego ardiente
de una pasion,
seco ha dejado
mi corazon.
¡Ay de mí,
que triste y desolada,
para llorar nací!

Como cayendo
las hojas van
á los impulsos
del huracan;
así han caido
con mi dolor
las ilusiones
de tanto amor.
¡Ay de mí,
que triste y desolada,
para llorar nací!

La vista se me nubla,
sufrir no puedo mas;
yo vacilo, yo me ahogo,
favor.... socorro.... ¡ah!

Cae desmayada sobre el sillón. Pausa breve. Empieza la tempestad poco á poco. Entra Ledia por el fondo.

ESCENA VII.

MARGARITA y LEDIA. Aquella permanece desmayada hasta que lo determina el diálogo.

LEDIA. Me pareció haber oído pedir favor.... ¿Qué estoy viendo?
(Repara en Margarita.)
¡Desmayada! Lo comprendo: y pegará un estallido.
¡Señora.... señora! (Llamándola.) ¡Y cómo me las compongo yo ahora?
¡Señora! (Vuelve á llamarla.) Nada. ¡Señora!... Está lo mismo que un plomo.
Quizá la brisa del mar....

Se dirige hácia la ventana, la abre, y en el mismo punto penetra un relámpago y retumba el trueno.

¡Santa Bárbara bendita, (Santiguándose.) que en el cielo estás escrita, vaya una noche! A cerrar.

Ledia hace esfuerzos por cerrar las hojas de la ventana que resisten entornadas.

¡Caracoles! A no ser porque oigo el viento, creyera que alguien empuja por fuera.
(Insistiendo por cerrar.)
¡Que si quieres, no hay poder!

Se abren de par en par las hojas de la ventana, se ve á Rodolfo á horcajadas en el alféizar, y una ráfaga de viento apaga la lámpara.

¡Jesus, Virgen soberana! (Espantada.)
¡Qué miedo, qué horror, qué frío, sin luz.... á oscuras.... Dios mio!...
(Reparando en Rodolfo.)
y el diablo por la ventana!

(Váse fondo, aturdida y tropezando. Pausa conveniente: se apacigua la tempestad.)

ESCENA VIII.

RODOLFO.

¡Llegué: Rodolfo, valor! (Saltando á escena.)
Sombra.... quietud.... soledad....

¡Para matarla, señor,
cuanta mas sombra, mejor;
mucha, mucha oscuridad!
¡Que no mire, que no vea
su hermosura peregrina,
luz que al alba centellea,
paraiso que recrea,
ilusion que me fascina!
¡Pues si llego á vislumbrar
el sol que en sus ojos arde,
de mi despecho á pesar,
temblaré como un cobarde (Casi sollozando.)
y no la podré matar!

(Desde la ventana al golfo.)
Golfo que ruges violento,
si como tienes poder
tuvieras mi pensamiento,
¡oh mar, podrias barrer
las estrellas con tu aliento!
Podrias, rotos los lazos
de las frágiles arenas,
hacer al mundo pedazos
entre el vigor de tus brazos
ó bajo tus ondas llenas.
Para ahogar el mundo en tí
ó para escalar los cielos,
mónstruo de agua, ¡ven á mí,
entra y arranca de aquí (Señalando al corazon.)
la tempestad de los celos! (Con exaltacion y brio.
Un trueno lejano. Pausa brevísima.)

MARG. ¿Dónde estoy?... (Como despertando.)

RODOLFO. ¡Ella, Dios fuerte! (Con emocion.)

MARG. ¡Qué oscuridad!... (Levantándose y dando algunos
pasos como para salir.)

RODOLFO. ¡Decision!

MARG. ¡Ledia!... (Llamando asustada.)

RODOLFO. ¡Calla! (Próximo á Margarita.)

MARG. ¡Maldicion!

(Retrocediendo espantada.)

¿Quién entra, quién va?...

RODOLFO. ¡Tu muerte!

MARG. ¡Rodolfo! (Reconociéndolo.)

RODOLFO. ¡Tu espacion! (Tomándole una mano.)

Levanta el brazo Rodolfo para descargar el golpe. Margarita cae derodillas, y un brillante relámpago, entrando por la ventana, ilumina la estancia. El puñal se cae

de la mano de Rodolfo y queda como alucinado contemplando á Margarita arrodillada.

RODOLFO. ¡Oh, Jesus!... (Rodolfo mira estático á Margarita.)

MARG. ¡Hiere! (Con decision.)

RODOLFO. Traidor (Como apostrofando á

la tempestad y mirando á la ventana.)

relámpago brillador,

¿te envia la nube fiera,

ó eres lumbre mensajera

de la gloria de mi amor?

Vivo destello fugaz

de su hermosura galana,

limpio reflejo de paz,

¿entraste por la ventana,

ó brotaste de su faz? (Señalando á Margarita.)

MARG. ¡Morir, morir apetezco;

de un solo golpe desata

mi existencia, lo merezco;

no vaciles... hiere... mata....

(Con rapidez y desesperacion.)

si no matas, te aborrezco!

ESCENA IX.

DICHOS, WILLIAM, ERMITAÑO, y PAJES con hachas; luego RUTILIO
y TIBURON.

WILLIAM. ¡Alumbrad! (Fuera fondo izquierda.)

MARG. ¡Ay de los dos! (Margarita con horror,
replegándose con Rodolfo á la derecha.)

WILLIAM. ¡Aquí las hachas! (Desde la puerta. Entran delante
de William dos pajes con hachas.)

¡Entrad,

(Al Ermitaño que le sigue.)

entrad padre, y perdonad!

¡Qué es lo que miro, gran Dios!

(Estupefacto al ver á Rodolfo y Margarita.)

ERMIT. ¡Ah, Rodolfo! (Con alegría.)

WILLIAM. ¿Y aun se atreve
en el dia de la boda?

¡A mi honor tu sangre

no ha de bastar, hombre alevé!

¡Voy á espantar el castillo

con la venganza que hoy tomo!...

Mas antes, sepa yo... el cómo

- llegó á tu mano este anillo! (Mostrándosele.)
- RODOLFO. No lo sé. (Con indiferencia y sequedad.)
- WILLIAM. Lo robaria.
- RODOLFO. ¡Tal insulto!...
(En actitud de lanzarse sobre William.)
- ERMIT. Calla, calla.
(Conteniéndole y con autoridad.)
- ¡Yo os lo diré! ¿Dónde se halla (A William.)
Rutilio?
- WILLIAM. No sé, á fe mia. (Con disgusto.)
- ERMIT. ¡Pues que se le busque haced
sin espacio ni demora,
porque ha sonado la hora
de la justicia!
- WILLIAM. ¿Sí? ¡Ved! (Dirigiendo la vista á la
izquierda, por donde entra Rutilio seguido de Tiburon.)
- ERMIT. Llega á tiempo.
- RUTILIO. (¡Oh!) (Sorprendido al ver al Er-
mitaño, con gran confusion y parándose en la puerta.)
- ERMIT. Adelante,
señor baron. (Con familiaridad irónica.)
- RUTILIO. ¡No os comprendo!
(De mal talante, al Ermitaño.)
- ERMIT. ¿Qué pretendéis?... (Con altivez.)
¿Qué pretendo?
- ¡Tened paciencia un instante!
- RUTILIO. (¡Estoy perdido!) (Confuso.)
- ERMIT. (¡Ay de tí!)
(Con tono amenazante.)
¡Para cumplir con la ley,
William, y en nombre del rey,
nadie se mueva de aquí!
- WILLIAM. (¿Qué será?) (Preocupado y con asombro.)
- ERMIT. ¡Mucha atencion! (A todos.)
(¡Tú sobre todo, Gaspar!)
- RUTILIO. (A Rutilio con sonrisa amarga y profundísima intencion.)
(¡Justo Dios!) (Aterrado.)
- ERMIT. ¡Voy á contar (A todos.)
una historia! (Se coloca al lado de Rutilio.)
- RUTILIO. (¡Maldicion!)
(Con espanto. Pausa conveniente.)
- ERMIT. Nace y arranca mi historia,
si no es infiel mi memoria,
del año sesenta y tres,
entre la ensenada Gloria
y el cabo de San Andrés.
- RUTILIO. (¡Oh, callad!) (Al Ermitaño.)

ERMIT.

(¿Pasas mal rato? (A Rutilio.)

A bordo de un bergantín
fletado en la India.... (¡Insensato,
(Hace Rutilio un movimiento de impaciencia.)
has de tragar el relato

(A Rutilio con fuerza.)

desde el principio hasta el fin!

Un caballero breton
partió con alma angustiada
de aquella indiana region,
dejando allí el corazón
en la tumba de su esposa!

(Comienza á brillar el día gradual y paulatinamente durante el relato de esta historia.)

El caballero llevaba
un hijo á quien adoraba,
y en calidad de criado
un dinamarqués, ¡malvado! (Mirando á Rutilio.)
en quien ciego confiaba.

Tenia el tal caballero
cuando de la India volvía,
muchas joyas y dinero....
Di, ¿como cuánto tendría?... (A Rutilio.)

¿Tú no lo sabes?... (Con punzante sorna.)

RUTILIO.

¡Ni quiero!

(Con dureza y desesperacion.)

ERMIT.

Pues bien; sucedió una tarde,
ya casi al anochecer,
que aquel servidor cobarde,
en un hipócrita alarde
dejando el llanto correr,
subió á cubierta diciendo:

«¡Todo para mí acabó!

»¡El amo se está muriendo!

«¡Socorro, bajad corriendo!...»

Toda la gente bajó.

¡Sobre la litera, inerte
el caballero se advierte;
pero se advierte en su faz
ese sintoma tenaz
mezcla de crimen y muerte!

En la sospecha horrorosa
envuelto el criado fué....

RUTILIO.

¡Miente quien diga tal cosa:

(En un arrebato de indignacion.)

se murió, no le maté!

ERMIT.

¡Qué confesion tan hermosa!



- RUTILIO. ¡Basta!
- ERMIT. ¡Sí, tu confesion
desnudo te ha presentado!
¡Saludemos al baron, (A todos, con énfasis irónico.)
en otro tiempo criado
del caballero breton!
- RUTILIO. Pero, ¿quién eres?... ¿Quién eres....
engendro de Satanás?...
- ERMIT. ¡Calma, no te desesperes! (Con naturalidad.)
¡Si saber mi nombre quieres,
muy pronto á saberlo vas!
- RUTILIO. ¡Paso! (Queriendo escapar. Tiburon le cierra la salida.)
- ERMIT. ¿Tratas de escaparte?...
- Lo siento, no puede ser.
¡Sufre y aprende á domarte!
- RUTILIO. ¡Acabad, con Lucifer! (Desesperado.)

Se retiran los pajes á una seña de Tiburon, cierra este la
puerta del fondo, recoge el puñal que habrá tirado Ro-
dolfo en la escena anterior y se vuelve á colocar como
de centinela en la segunda puerta izquierda.

- ERMIT. Vaya la segunda parte.
El muerto, en el mar quedó,
(Con naturalidad y haciendo una pausa conveniente.)
y á bordo del bergantin
que el caballero fletó
en el indiano confin,
otra escena aconteció.
¡Noche de espeso celaje,
(Acompañando la descripcion con la accion, el tono y el
gesto)
hora las diez, el paraje
junto á las costas de Suecia,
tiempo duro, la mar recia,
gran viento, mucho oleaje!
¡La tripulacion dormia,
el contramaestre velaba,
el timonel dirigia,
el mar de proa azotaba
y el barco al andar crujió!
De pronto, vieron llegar
cerca del palo mayor,
una sombra singular
que arrojó un objeto al mar
por la borda de estribor.
¡Sonó un grito lastimerol
Apareció un hombre fiero.

¿Sabeis quién era? ¡El criadol
 Y aquel objeto arrojado
 el hijo del caballero.
 Vivo, veloz, de repente,
 como un rayo diligente,
 el contra maestre rudo
 se lanzó á la mar hirviente
 ¡y alcanzar al niño pudo!
 ¡Oh, qué noche, con fe ciega
 invoca el marino á Dios,
 pero se rinde en la brega
 y la salvacion no llega
 y van á morir los dos!... (Transicion.)
 Mas el final de la historia
 relate para su gloria
 la víctima. ¡Sí, Rodolfo;
 cuenta, si tienes memoria,
 cómo salimos del golfo! (Asombro general.)

RUTILIO. ¿Quién, él? (Señalando á Rodolfo.)

ERMIT. ¡Él!

RUTILIO. ¡Por Belcebú!

¡Oh, delirais!

¡No deliro!

ERMIT. ¿El hijo de don Ramiro?

RUTILIO. ¡Y el criado infame tú!

ERMIT. ¡Pruebas.... pruebas!...

RUTILIO. ¡Necio afan!

ERMIT. ¡Mostradlas!

RUTILIO. ¡Piensa el villano

que las borró el Oceano!...

¡Te equivocas.... aquí están!

Sacando del pecho un paquetito de papeles y mostrándolos á Rutilio.

TODOS. ¡Oh! (Con asombro.)

RUTILIO. ¡Jesus! (Confundido y anonadado.)

ERMIT. ¡William Belfort,

(A William entregándole los papeles.)

por el cielo os aseguro,

y en nombre de Dios os juro,

que Rodolfo el pescador

es el vástago heredero

del conde Ramiro Star!

WILLIAM. ¡Oh, milagro singular!

¿Qué escucho, Dios justiciero? (Confuso y perplejo.)

La Providencia bendita,

- ante quien dócil me humillo,
puso quizás el anillo
en manos de Margarita!
Rodolfo, llegó el instante
de cumplir un pacto honroso.
¡Tuya es mi hija!
- MARG. ¡Dios glorioso!
- RODOLFO. ¡Señor!... (Embargado de emoción.)
- ERMIT. ¿Qué opina el tunante? (A Rutilio, que se hallará colocado junto á la ventana.)
- RUTILIO. ¡Oh, basta ya!
- WILLIAM. ¡Llega pues, ven, Rodolfo, á mi regazo, ven hija, y en un abrazo Dios nos confunda á los tres!
(Rodolfo y Margarita se arrojan en brazos de William.)
- ERMIT. Satisfacción sin igual...
- RUTILIO. ¡Cielos, qué miro! ¡Una escala que hasta las peñas resbala....
(Señalando á la ventana.)
Probemos!
- ERMIT. ¡Escapa, sal, (A Rutilio con rapidez.)
aprovecha la ocasión,
no aguardes á que despierte
Rodolfo, y te dé la muerte!
- RUTILIO. ¡Oh, gracias! (Al Ermitaño en actitud de escapar.)
- TIBURON. ¡Traicion, traicion! (Reparando en la fuga de Rutilio y yendo hácia la ventana.)
- ERMIT. ¡Detente! (Parando á Tiburon.)
- TIBURON. ¡Pero mirad que se escapa!
- ERMIT. Ya lo sé.
- TIBURON. ¿Y le dejais?...
- RODOLFO. ¿Cómo.... qué?...
(Confuso y tratando de inquirir.)
- TIBURON. ¡Por allí! (Señala á la ventana.)
- RUTILIO. ¡Favor, piedad! (Fuera y con desesperación.)
- TODOS. ¡Oh! (Espantados.)
- TIBURON. ¡Se cayó! (Va á la ventana.)
- MARG. ¡Dios bendito!
- TIBURON. ¡En las rocas se aplastó! (Mirando fuera.)
- RODOLFO. ¿Y la escala?
- ERMIT. ¡Se rompió
(Mirando al exterior de la ventana.)
al peso de su delito! (Destacando la frase.)
- RODOLFO. ¡Cierra, cierra la ventana!
- ERMIT. ¡Dios justo!

- TIBURON. ¡Muy bien, así...
(Indicando la caída de Rutilio.)
poco que me gusta á mí
tu justicia catalana!... (Señalando al cielo.)
- WILLIAM. Corre, y que la gente toda (A Tiburon.)
baje á la capilla.
- TIBURON. Bien.
¿Y el sacerdote?
- WILLIAM. Tambien.
- TIBURON. ¡Rodolfo, tenemos boda!
(Abraza á Rodolfo y desaparece por el fondo saltando de alegría.)
- RODOLFO. ¡Oh, Dios mio, me parece
que un sueño tenaz me agita!
¿Pero es verdad, Margarita,
cuanto de nuevo acontece? (Absorto.)
- MARG. ¡Oh, sí!
- RODOLFO. Padre, y vos... y vos,
¿qué anhelaís? (Al Ermitaño.)
- ERMIT. ¿Yo?... ¡Cosa clara,
volver á mi islote... para
encomendaros á Dios!
- RODOLFO. Vuestra decision respeto;
mas en pago de mi vida,
con el alma agradecida,
solemnemente os prometo
que Rodolfo el pescador
no ha de olvidar en el mundo
el beneficio profundo
que debe á su salvador.
- Comienza el órgano, que se supone en la capilla del castillo, fondo izquierda, á preludiar los acordes de un *Te Deum*. Trémolo en la orquesta. El Ermitaño se coloca en medio de Rodolfo y Margarita, los abraza y exclama con solemnidad y paulatina entonacion:
- ERMIT. ¡Hijos míos, ya los sonos
del órgano religioso
llenan de dulce reposo
los amantes corazones!
Mucha luz á la derecha del teatro.
¡Ya el astro providencial (Señalando á la ventana.)
fundió la tormenta impura,
y á festejar se apresura
vuestra dicha conyugal!
Mas al tiempo de partir

á coronar tanto anhelo,
cuando un ministro del cielo
os va para siempre á unir.... (Se arrodillan Rodolfo
y Margarita y les impone las manos sobre la cabeza.)
¡el Ermitaño Ramon
suplica al Omnipotente
deposite en vuestra frente
la celestial bendicion! (Telon pausado.)

FIN DEL DRAMA.



AL MAESTRO CABALLERO



Mi querido Manuel: No soy ingrato; en el éxito de este drama lírico tú tienes una gran parte. Te da públicamente las gracias tu entrañable amigo y compañero,

MÁRCOS.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT
530 SOUTH EAST ASIAN AVENUE
CHICAGO, ILLINOIS 60607

1960

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los Corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administración*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.